

Selección TERROR

Ada Coretti

REIRE EN MI FUNERAL

SELECCION

TERROR

ADA CORETTI

REIRE EN MI FUNERAL

Colección SELECCION TERROR n.° 561

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

556 — Los muertos quieren vivir, *Ada Coretti*.

557 — Las espiritistas de Modern City, *Ralph Barby*.

558 — La reencarnación de lady Deborah, *Joseph Berna*.

559 — Foto-sex. *Ralph Barby*.

560 — La maldición de los Barrimore, *Adam Surray*.

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 35.466 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: diciembre, 1983 1.a edición en América: junio,

1984

S.A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

Aquel muchacho llevaba una gorra calada hasta las orejas. Sus manos sujetaban el volante de la camioneta con firmeza, con seguridad.

Por lo menos estuvo seguro de sí mismo y de lo que hacía hasta que le pareció oír un lastimero y angustioso gemido.

Había sonado en el interior de la camioneta.

De modo instintivo, el muchacho giró la cabeza y echó una ojeada a través del cristal que separaba la cabina con la parte posterior del vehículo.

No vio nada de particular.

La caja de madera que debía llevar a la localidad de Promdden y entregar a la señora Tarrell, seguía en su sitio.

Todo normal.

Siguió conduciendo por la ya oscura carretera, diciéndose que había tenido suerte con aquel trabajo. Nunca se había ganado trescientas libras más fácilmente.

Pero de nuevo llegó a sus oídos un lastimero y angustioso gemido y no pudo evitarlo, respingó en su asiento.

¿Qué significaba aquello...?

Porque esta vez lo había oído perfectamente. Ya no podía ponerlo en duda.

Una nueva mirada a través del cristal divisorio, le convenció, empero, de que todo iba bien, de que no pasaba nada.

Sin embargo, en esta ocasión, el muchacho se quedó pensando que la caja que llevaba, de unos dos metros de larga por unos ochenta centímetros de ancha, podía muy bien contener un ataúd, y en consecuencia, pues, un cadáver.

Desde luego, el macabro pensamiento resultaba lógico después de ¡os dos gemidos que habían llegado a sus tímpanos.

Quiso sacudirse la idea de la cabeza, porque si aquella caja contenía un ataúd y si el ataúd contenía un cadáver, eso significaba que el difunto, o la difunta, respiraba aún...

Precisamente en aquel momento, el muchacho vio que en la carretera, bajo los focos de luz de su camioneta, surgía un coche parado y un hombre joven que levantaba el brazo haciendo señal de parada.

En otras circunstancias el muchacho no se hubiera detenido. Su padre le tenía
prohibido hacerlo. No era prudente dejar subir a desconocidos.

Pero aquellos lastimeros y angustiosos gemidos le habían dejado la frente perlada de sudor, y estaba necesitando ver a alguien sentado a su lado.

Detuvo la camioneta.

—Se me ha averiado el coche —dijo el hombre joven que había

mantenido alzado el brazo—. ¿Puede usted llevarme a Promdden?
—Suba —le respondió el muchacho.
El desconocido, que era alto y de complexión atlética, y que por añadidura era guapo, virilmente guapo, atrajo la atención del muchacho. Una atención excesiva. ¿Cómo definirla...? Pues sencillamente, como si aquel hombre le gustara.
El desconocido no se percató de la especial atención que despertaba porque estaba abriendo la portezuela y metiéndose dentro.
Ya en el interior del vehículo, el desconocido sonrió y dijo:
—Muchas gracias. Por doble motivo, ¿sabe?, pues por esta carretera no pasa nadie. Si no llega a pararme usted... —pero se dio cuenta de los pocos años de la persona que estaba ante el volante, así que arrugó el entrecejo, preguntando sin más—: ¿Tiene usted edad de conducir?
—Sí, claro —asintió el muchacho.
—Pues por la edad que yo le echaría...
No dijo nada más, pues veía de perfil al muchacho, por lo que no podía hacerse una idea exacta de la edad que pudiera tener. Sólo vio clara una cosa, que aquel jovencito tenía un aspecto bastante afeminado.
No quiso, sin embargo, meterse en consideraciones que ni le iban ni le venían. El muchacho le llevaría hasta Promdden y con eso debía bastarle. El resto evidentemente no le incumbía.
De todos modos, no hubiera estado nada bien que viajara sin despegar los labios. Eso sería una incorrección, se mirara como se mirase. Por lo que se decidió a entablar una conversación.
—Ahora se hace pronto de noche, ¿eh? —dijo.
—Sí, es cierto —contestó el muchacho.
Había dejado de mirar el trazo de la carretera para clavar sus ojos azules en él. Una mirada que vino a expresar lo mismo que poco antes, o algo muy parecido. Aquel desconocido era todo un tipo, y muy guapo además, y estaba para comérselo. Así, tal como suena.
Reparando en el sentido de aquella mirada, el desconocido carraspeó, violento. A él le gustaban las mujeres, y mucho. Resultaba poco agradable vérselas ante quien evidente- mente tenía tergiversadas las exigencias de su sexo.
Volvió a oírse el lastimero y angustioso gemido, y el desconocido dejó de pensar en aquello, para decir:
—Creía que íbamos solos.
—Y vamos solos... —repuso el muchacho, cuyas manos, sobre el volante, empezaron a temblar de manera ostensible.
—Alguien se ha quejado ahí atrás —observó el desconocido—, No me diga que he oído mal porque mis oídos funcionan muy bien.
—No es la primera vez que oigo ese gemido —reconoció el muchacho —. Sin embargo, ahí atrás no hay nadie.

El desconocido se volvió y miró a través del cristal divisorio. El muchacho tenía razón.
No, no había nadie.
—Oiga, ¿qué contiene esa caja? —preguntó.
—No lo sé.
—¿Cómo que no lo sabe...? —se extrañó.
— No lo sé —repitió, y sus manos sujetaban el volante cada vez con menos seguridad.
—Yo de usted —dijo el desconocido— me detendría. Si conduce así de mal vamos a acabar estrellándonos. Por lo demás, si para, podríamos abrir la caja y ver qué contiene...
—¿Se atrevería? —se sofocó el muchacho.
—Claro.
—Pero ¿y si al abrir la caja nos encontramos con..., con...?
—¿Con un muerto? ¿Es esto lo que iba a decir?
—Sí, sí...
—No puede ser un muerto si está con vida, ¿no cree? Y tiene necesariamente que estar con vida si lanza esos gemidos...
—Mire, todo esto no me gusta nada —el muchacho estaba cada vez más nervioso—.Preferiría llegar a Promdden, entregar la caja a la señora Tarrell y acabar de una vez...
—¿Ha mencionado a la señora Tarrell?
—Sí.
—¡Pues si yo voy precisamente a su mansión! —exclamó el desconocido—. Me ha mandado llamar.
—Si que es una coincidencia... —admitió el muchacho.
—Por lo que me ha dicho por teléfono —explicó el desconocido— en su mansión están pasando cosas muy raras. Y empiezo a creer que tiene razón, porque este envío... Eh, oiga, ¿por qué no para y echamos un vistazo a lo que contiene la caja? —insistió.
—Yo nunca he sido muy valiente —dijo el muchacho, mientras seguía conduciendo.
—Si para, yo me encargaré de mirar.
—Podemos llevarnos un susto muy gordo.
—Yo no soy fácil de asustar.
Volvió a oírse aquel lastimero y angustioso gemido. Ya no pudieron caberles dudas, la voz, una voz de mujer, había salido del interior de aquella caja.
—Es preciso que pare.
—Sí, ya lo hago —asintió finalmente el muchacho.
Luego miró con un susto muy grande al joven que había recogido en medio de la carretera. Su idea, la de echar una ojeada a la caja, no le gustaba demasiado. No le gustaba nada. Pero, en fin, parecía lo correcto dadas las circunstancias.

Al ver de frente al muchacho, el desconocido se quedó boquiabierto.
—Eh, oye, que me habías engañado —y el tuteo había surgido por ¡as buenas—. Tú no eres un chico. Eres una muchacha...
—Sí, soy una muchacha —se quitó el gorro, que hasta entonces había llevado calado hasta las orejas, y una mata de dorados cabellos se desparramaron por sus hombros—.Cuando cojo la camioneta para ayudar a mi padre, me visto así. De este modo paso más desapercibida.
—Vaya, vaya... —y el desconocido, gratamente sorprendido, dio un suspiro de alivio—.A propósito, mi nombre es Teddy..., Teddy Wood...
—cuando estaba ante una muchacha guapa, y aquélla lo era, siempre se mostraba muy cordial y amable.
—Yo me llamo Wanda.
—Tutéame, ¿eh? Somos compañeros de viaje...
—Vaya viajecito —comentó ella — . Esos gemidos me están dando muy mala espina.
—No te asustes, no estás sola. Me tienes a mí, que dicho sea de paso soy un tipo muy difícil de pelar. Tal vez se deba a mi profesión. Soy detective.
—¿Detective? Mejor así... —pero Wanda tenía el miedo culebreándole por el cuerpo.
—Bueno, bajemos —Teddy quiso animarla.
—Ya bajo —dijo ella — . Pero hemos quedado en que vas a ser tú el que mire.
—Naturalmente.
Ya fuera de la cabina de la camioneta, Teddy quedó pendiente por unos instantes de la figura de la muchacha. Los pantalones vaqueros le caían de maravilla, y la cazadora de piel, suelta, desabrochada, disimulaba sus formas. Unas formas que, bien miradas, eran todo un delicioso panorama.
Habiendo subido a la parte trasera de la camioneta, junto ya a la alargada caja de madera, Wanda volvió a sentir escrúpulos, o miedo, o como se prefiera.
—¿No sería mejor dejarlo estar...?
—Ni hablar de eso —dijo Teddy—. Por lo demás, nos va a costar muy poco. La caja apenas está claveteada.
Allí mismo había un hierro largo y estrecho. Teddy lo cogió y haciendo palanca consiguió, en breves segundos, que la tapa de madera quedara suelta.
—Un momento, por favor —le pidió Wanda antes de que se decidiera a alzarla—.Déjame que coja aire, por si acaso.
—¿Ya... ? —Teddy le solicitó la autorización tras haberla visto respirar hondo.
—Sí —dijo la muchacha, y tragó saliva.

Teddy alzó la tapa. Con decisión. Sin ninguna clase de complejos.
Wanda lanzó un grito, pegándose instintivamente al cuerpo masculino.
Allí había una muerta. Pero no dentro de ningún ataúd, sino dentro simplemente de la caja de madera. Se trataba de una mujer vieja, de blancos, largos y enmarañados
cabellos. De rostro alargado, muy arrugado. De cuerpo seco, escuálido. Daba la
sensación de ser una bruja a la que sólo le faltaba la escoba.
—¡Oh, qué espanto —Wanda, a pesar del aire almacenado poco antes, se había quedado sin aliento.
Teddy alargó la mano y tomó el pulso a aquella mujer. Después le colocó los dedos en el cuello, junto a las carótidas.
—Esta mujer es un fiambre desde hace ya varias horas —sentenció.
—Y sin embargo, nadie puede negarnos que ha gemido... repetidas veces... —dijo
Wanda.
—Está fría como un témpano —subrayó Teddy—. Como sólo lo están los muertos.
—Entonces, ¿qué explicación hay...?
—Dime —se interesó Teddy Wood—, ¿quién te ha encargado este trabajo, este
traslado?
—Telefonearon a mi piso —le rectificó la muchacha—. Le dijeron a mi padre que llevara la camioneta tres calles más allá de donde vivimos, y que se detuviera en la esquina. Dos hombres le entregarían una caja de madera que debería llevar a la localidad de Promdden, a la mansión de la señora Tarrell. Le darían trescientas libras por el trabajo.
—Fue una llamada muy extraña.
—Sí, claro, teníamos que habernos dado cuenta de lo inusual del procedimiento —convino Wanda—. Sin embargo, no nos detuvimos a pensar que pudiera tratarse de nada malo, y como sea que mi padre no se encontraba bien, su salud es bastante delicada, yo me limité a decirle que haría el trabajo por él. Suelo hacerlo de vez en cuando.
—¿Qué sucedió exactamente cuando detuviste la camioneta en la esquina indicada? — preguntó Teddy.
—Nada de particular —contestó Wanda—. Allí esperaban dos hombres y cargaron la caja. Luego me entregaron las trescientas libras convenidas. Eso fue todo.

* * *

Ante los ojos desorbitados de Wanda y la expresión un tanto atónita

de Teddy, el cadáver de la mujer se incorporó.
No mucho. Como si pretendiera sentarse y los ánimos no le hubieran dado para tanto.
Pero había bastado aquello para que el espectáculo resultara sobrecogedor,
espeluznante. ¡Una muerta que se movía!
Y que hablaba... ¡ Porque acababa de dejar oír su ronca y arañada voz!
—El barón de Hendrix va a asesinarme... El barón de Hendrix va a asesinarme...
El cuerpo de la muerta volvió a la postura inicial, y se quedó echada, inmóvil, como lo estaba instantes antes.
—Oh, no, no... —y Wanda se sentía espantada, horrorizada, sintiendo que los cabellos se le erizaban.
Teddy se acercó a ella.
—Cálmate, ya no se mueve... Por otra parte, no debes impresionarte así por las buenas.
Lo cierto es —agregó— que esta mujer está muerta y que no ha dejado de estarlo en ningún momento.
—¡Pero se ha incorporado! —exclamó Wanda, con los nervios rotos—. Y además ha hablado...
—Yo no he visto que se movieran sus labios.
—Ha dicho que... , que...
—He oído sus palabras —dijo Teddy— pero, lo repito, no he visto que se movieran sus labios.
—Se ha referido a un tal Hendrix... Un tal barón de Hendrix... Ha dicho que va a asesinarla...
—Mira, Wanda —su tono no podía ser más firme, más entero — cuando una persona se muere, se calla... Se calla para siempre. Es ley de vida, o mejor dicho, de muerte. Así que, en consecuencia, esta vieja no ha podido decir nada. Ni pío.
Wanda soltó un grito. Pero ahora no miraba a la muerta, sino a otra parte.
Teddy siguió la dirección de su mirada y se dio cuenta de que la muchacha había reparado en alguien que estaba cerca de la cuneta de la carretera.
Se trataba de una silueta casi gigantesca, vestida de un modo insólito, sin duda
desconcertante. Desde las altas botas hasta la larga capa, todo era negro en su atuendo.
Como también era negra su barba y su cabello. Negruras que se perdían entre las oscuras sombras de la noche. Solo una cosa destacaba de ese hombre. La dorada empuñadura de una daga que llevaba al cinto.
Sin necesidad de reflexionar, Teddy Wood saltó de la camioneta y se

dirigió hacia aquel hombre de silueta casi gigantesca.
Pero ese hombre, que había aparecido cerca de un grupo de tupidos árboles,
desapareció.
—Espérame..., espérame... —había suplicado Wanda entretanto, viéndose incapaz de quedarse allí con la muerta.
Teddy la esperó, y tras cogerla de la mano, se lanzó en persecución del extraño
personaje. No debía andar muy lejos.
Sin embargo, esperando a la muchacha, había perdido unos segundos vitales, por lo que todo resultó ya inútil No encontró, no dio con el sujeto. Lo mismo que si la tierra se lo hubiera tragado.
—Que cosas nos pasan... —dijo Wanda, y su único consuelo estribaba en estar tan bien acompañada.
—Regresemos a la camioneta —repuso Teddy—. Hemos de aclarar lo sucedido.
—¿Aclarar...? Dime lo que te propones.
—Ven.
Wanda le siguió, pero la verdad es que no conseguía recobrar la calma. Seguía
asustadísima. ¡Como si 1a muerta no fuera bastante había surgido aquel hombre vestido igual que si estuviera viviendo en siglos pasados!
Ya Teddy en el interior de la camioneta, quiso que la muchacha le imitara.
—No, yo no subo —dijo ella, sin aliento, sin poder tragar la saliva, llena de miedo por todas partes—. Si se le ocurre incorporarse de nuevo...
—Está muerta —repuso Teddy—, Tan muerta como pueden estarlo nuestros
tatarabuelos.
—No estoy tan segura...
—Yo sí —concretó Teddy—, Por lo demás, estoy seguro de que cuando mire bajo su cuerpo encontraré un resorte especial... Ese resorte será el que le habrá hecho moverse, incorporarse... Y también encontraré un cassette automático, con su correspondiente cinta magnetofónica... De ello que nos haya parecido que nos hablaba...
—¿Tú crees? —preguntó Wanda, no muy persuadida.
—Sube y te convencerás.
—Bueno..., bueno... —accedió ella.
—Dame la mano. Yo te ayudo.
Ya arriba, Wanda quedó pendiente de lo que Teddy iba a hacer.
Quizá tuviera razón. Tal vez se tratara de lo que había dicho, y no de muertas que resucitaban.

—¡Demonios! —oyó barbotar a Teddy poco después—. ¡Aquí no hay resorte ninguno!

¡Ni cassette automático! ¡Ni cinta magnetofónica que valga!

—Entonces, ¿eso quiere decir... ? —y a Wanda apenas le salía la voz— que la muerta se ha movido sola? ¿Eso quiere decir que ha hablado de verdad?

—Eso parece —contestó Teddy, muy serio.

Wanda sintió que la cabeza se le iba y que todo le daba vueltas. Pensó que se
desvanecería y por si acaso buscó los brazos del guapo joven que había encontrado en su camino. En eso al menos sí había tenido suerte.

CAPITULO II

Teddy Wood le había dicho a la muchacha que debían averiguar qué enredo era aquél.
—Vamos a ponernos de acuerdo y así, juntos, llegaremos con más facilidad al fondo de esto,¿te parece?
—Yo preferiría dejar la caja a su destinataria, la señora Tarrell, y volverme a mi casa lo más rápidamente posible.
—¿Y serías capaz de quedarte sin saber qué tela de araña es ésta? No puedo creer que seas tan poco curiosa.
—Te lo aseguro, no me importa en absoluto saber o dejar de saber —y Wanda fue totalmente sincera al expresarse de este modo.
—Tienes miedo. Este es el motivo.
—Claro que tengo miedo. Y no me avergüenza reconocerlo.
—En cierto modo te comprendo. Pero sólo en cierto modo, porque, ¿no estoy yo a tu lado? Además, sabes que soy detective.
—Si, sí —asintió ella.
—Pues juntos podemos aclararlo todo.
—¡Y dale con el empeño de aclararlo! En realidad, ¿qué nos puede importar a nosotros que...? Pero, claro, tú eres detective y además la señora de la mansión te ha mandado llamar. Tu caso es distinto. ¡Pero yo no soy detective y a mí me tiene sin cuidado...! —pero la muchacha pensó que si no colaboraba perdería de vista a aquel hombre tan atractivo, así que, tras titubear un poco, se decidió—. Bueno, colaboraré contigo.
—Gracias, guapa.
Poco después estaban de acuerdo en todo.
Llegarían a la mansión de la señora Tarrell y una vez en dicho lugar la muchacha entregaría la caja de madera como si nada hubiera sucedido en el trayecto, con la máxima naturalidad posible. Hecho lo cual se dispondría a irse. Entonces, fingiría que se torcía un tobillo y que se quedaba sin poder dar un paso. De este modo pondría en evidencia a la señora Tarrell, quien, sin duda, le ofrecería pasar la noche allí. Y ya estaría conseguido lo que en principio se proponían.
Teddy por su lado no tendría inconvenientes de ese tipo. La señora de la mansión le había mandado llamar.
El resto lo irían pensando sobre la marcha.
—¿Crees, de veras, que yo puedo ayudarte en algo? —preguntó ella.
—Oh, sí, claro que sí —aseguró él.
—Bueno...
—Pues en marcha —dijo Teddy.
—Esperemos que la muerta siga quietecita...
Durante el resto del itinerario, no sucedió nada. Todo fue total y absolutamente

normal. Lo que permitió que la muchacha empezara a respirar más acompasadamente.
Ya cerca de la localidad de Promdden, repararon en seguida en la mansión de la señora Tarrell.
Se hallaba rodeada de bastante terreno. Ese terreno estaba lleno de arbustos, de
hierbas y de matas. Lo acotaba altas verjas y una puerta de hierro forjado. Esta
permanecía abierta de par en par.
La camioneta pasó por allí, deteniéndose finalmente ante la entrada principal de la mansión. Pero Teddy dijo:
—Creo que es mejor que busques la puerta de atrás. Con el cargamento que
llevamos...
—Sí, supongo que es preferible buscar la puerta de servicio —convino la muchacha.
No obstante, se abrió la puerta principal, dejándose ver luz en el vestíbulo, y apareció en el umbral una mujer de mediana edad que les hizo señal de que se quedaran donde estaban.
La mujer, bien vestida, se les acercó.
—¡ Menos mal que ya está aquí mi compra! —exclamó alborotada.
Teddy se dijo que no debía tener ni idea de lo que contenía la alargada caja, de lo contrario, indudablemente, no hubiera demostrado tanta satisfacción. ¡Pues vaya sorpresa que le esperaba! ¡Como para caerse de espaldas!
Teddy y Wanda bajaron de la cabina.
—¿La señora Tarrell? —preguntó él.
—Yo misma.
—Soy Teddy Wood, él detective que esperaba. Usted me telefoneó, pidiéndome que viniera cuanto antes. Pues aquí estoy.
—¡Ah!, ¿es usted...? —se sorprendió.
—El coche se me ha averiado a medio camino y no me ha tocado otro remedio que hacer señal de parada al primer vehículo que ha pasado. Ese vehículo ha sido la camioneta.
—Comprendo, comprendo... Pase usted... —se volvió hacia Wanda—. Pase usted también. Le firmaré el acuse de recibo...
En aquel momento un rayo rasgó el cielo oscuro, encapotado, y su resplandor
blancoazulado llegó hasta ellos. Como hasta ellos llegó asimismo el estruendo del trueno e inmediatamente la lluvia. Una lluvia súbita y violenta.
—Entren, protéjanse... —les dijo la señora Tarrell. Había de añadir—: Aquí siempre sucede lo mismo... Las tormentas vienen de pronto...
Teddy y Wanda se metieron en el vestíbulo de la mansión.

Aquella vieja mansión necesitaba ser restaurada, y decorada, y debidamente
amueblada. En seguida se dieron cuenta de ello. Aunque quizá, a juicio de su propietaria, todo aquello, tal como estaba, tuviera un irresistible encanto.
—Desde luego —la señora Tarrell no tardó en dirigirse a la muchacha— usted se quedará a cenar y a dormir aquí. ¡ No faltaría más! No me perdonaría que le pasara algo a causa de esta tormenta. Mañana podrá irse tranquilamente. Si necesitaba telefonear a alguien para que no padezcan con su tardanza, ya sabe...
Teddy miró a Wanda. Todo se había allanado. Ya no iba a hacer falta que fingiera que se torcía un tobillo, ni nada por el estilo. Sencillamente perfecto.
—Es usted muy amable, señora —dijo Wanda— . Le quedo muy agradecida, y le acepto el ofrecimiento. La verdad es que las tormentas me sobrecogen mucho.
—En cuanto a mi compra, valdrá más que se quede donde está hasta que amaine la lluvia —repuso la señora Tarrell echando una mirada a la camioneta sobre cuya capota caía el agua a cántaros—. De lo contrario mis sirvientes se calarían hasta los huesos.
Volvió a iluminarse el cielo, rasgado por un nuevo y violentísimo rayo. Y otra vez un resplandor fantasmal, blancoazulado, llegó hasta la tierra. El ensordecedor trueno tardó aún bastante en dejarse oír.
—Pasen al salón —ofreció la señora Tarrell, toda amabilidad y sencillez—. Les
presentaré a mis invitados.
Eran tres.
Tres personas muy distintas entre sí.
La primera que llamó la atención de Teddy Wood, fue una mujer de unos treinta y cinco años, con una espléndida figura y con unos ojos asombrosamente bellos. Toda ella emanaba sensualidad. Bastaba mirarla para sentir el deseo de acostarse con ella.
Otra de las personas que se hallaban allí, era un sujeto bajo y muy gordo, que en aquel momento se estaba riendo haciendo que su vientre se agitara.
La tercera persona era un joven alto y delgado, elegante y refinado.
—Dinah Fayler..., Cornel Keyes..., Bob Gray... —presentó la dueña de la mansión.
Dinah Fayler había de lanzar una mirada incendiaria a Teddy. En Wanda casi ni se fijó.
El gordo Cornel Keyes saludó amablemente a ambos. Por igual. No hizo distinciones de ningún tipo.
En cuanto al elegante y refinado Bob Gray dedicó toda su atención a la guapa rubia que acababa de llegar. A Teddy no le concedió más que

una brevísima inclinación de cabeza.
A los tres, sin embargo, no parecía haberles sentado demasiado bien que la señora Tarrell les dijera que el recién llegado era detective, y que había sido ella quien le había mandado llamar para así, de ese modo, averiguar si todo iba en aquella casa como debía ir.
—Les estaba informando que de un momento a otro He garía el reloj de pared,
¿verdad? —había dicho también la señora Tarrell—, Pues ya lo tengo aquí. Acaba de traérmelo esta muchacha en una camioneta. Pero de pronto se ha puesto a llover tan torrencialmente, que tengo que dejar para otro momento el placer de contemplarlo... Ya lo verán, es una auténtica obra de arte...
Tras las presentaciones y tras estos comentarios, la conversación terminó
generalizándose.
—¿Les apetece un brandy, o un whisky...? —ofreció la señora Tarrell a la pareja.
—Un whisky, gracias —aceptó Teddy.
—Nada —dijo Wanda a su vez—. Gracias de todos modos.
—Vuelvo a lo de antes, señora Tarrell —repuso poco después el gordo Cornel Keyes—.
Le ofrezco diez mil libras más... Es un precio que no creo que nadie supere.
—Yo sí —afirmó la explosiva Dinah Fayler.
—Yo también —dijo a su vez el elegante y refinado Bob Gray.
—Bueno, bueno, señores —afirmó la señora Tarrell— déjenme pensar si quiero o no vender. Aún no estoy decidida. Ustedes ya lo saben.
El salón estaba presidido por un cuadro. Pero Wanda, situada de espaldas, aún no había reparado en aquel lienzo.
Al ladearse y verlo, poco le faltó para soltar un chillido.
No obstante, se contuvo y consiguió controlarse, lo suficientemente al menos para que nadie reparara en su alteración.
Al poco decía a Teddy, por lo bajo, sin que nadie la oyera.
—Mira ese cuadro... Mira quién es...
—Ya lo he visto —le contestó Teddy, sin inmutarse.
En aquel cuadro, de marco dorado, el pintor había plasmado con gran verismo a un hombre casi gigantesco. Desde las altas botas hasta su larga capa, todo era negro en su atuendo. Como también era negra su barba y su cabello. Solo una cosa destacaba en aquel hombre. La dorada empuñadura de la daga que llevaba al cinto.
No podía estar más claro. Ese sujeto era el mismo que Teddy y Wanda habían visto aparecer cerca de la cuneta de la carretera. El que luego desapareció igual que si la tierra se lo hubiera tragado.
Pasados unos segundos, Wanda dirigió de nuevo su mirada hacia allí.

Lo hizo
instintivamente, como atraída por un imán.
—Es el barón de Hendrix —informó la señora Tarrell al reparar en la atención que le merecía aquel cuadro.
Wanda se atragantó, recordando perfectamente que la muerta, tras incorporarse en la caja de madera, había dicho que el barón de Hendrix iba a asesinarla.
—Mandó construir esta mansión hace ya muchos años —repuso la señora Tarrell, pero no pareció dispuesta a añadir nada más.
Sin embargo, el rubicundo y siempre alegre Cornel Keyes, intervino en aquel momento.
—¿Por qué no les explica a los recién llegados la leyenda que dejó tras sí? Les gustará...
Estoy seguro de que les gustará...
—Me encantará oírla —aseguró Teddy, y se quedó con el vaso de whisky en la mano, removiéndolo rítmicamente y haciendo chocar los trocitos de hielo, en espera, sin duda, de la narración que no tardaría en escuchar.
—¡Oh, sí, a mí también me encantará oírla! —exclamó Wanda, esforzándose, sin
embargo, por demostrar un interés sencillo, normal.
—No tengo inconveniente en repetir una vez más esa leyenda —dijo la señora Tarrell—
Aunque yo personalmente nunca he creído en..., en... —se detuvo, posiblemente no sabiendo cómo calibrar con exactitud lo que sucedió, muchos, muchos años atrás.
Cada uno desde su asiento, se dispuso a escuchar. Y Teddy Wood tuvo la sensación de que, aunque no quisieran confesarlo, todos ellos en el fondo se tomaban aquella historia
bastante en serio. Quizá mucho más en serio de lo que ellos mismos hubieran deseado.
Antes de que se iniciara el relato, la atractiva y sexual Dinah Fayler volvió a clavar una de aquellas miradas tan suyas, tan explosivas, en el hombre joven y virilmente guapo que acababa de llegar a la mansión.
Wanda reparó en el descarado significado de aquella mirada y sintió que empezaba a aborrecerla.
El elegante y refinado Bob Gray, mientras tanto, estaba observando a Wanda, la guapa y rubia muchacha, de preciosos ojos azules, a la que encontraba sencilla y maravillosamente adorable.
Por lo que respecta al grueso Cornel Keyes, se estaba diciendo que la mansión tenía que ser para él. Pujaría lo que fuera preciso. No permitiría que nadie más la adquiriera.
—Pues bien —empezó a decir la señora Tarrell— el barón de Hendrix,

que fue quien mandó construir esta mansión como ya he dicho, fue un hombre intemperante, violento, brutal, que consiguió en la vida todo lo que se propuso menos el amor de una muchacha
llamada Leonor. Para satisfacer sus deseos, recurrió a la fuerza y logró poseerla. ¡Pero él se había empeñado en ser amado por ella! Y ella le respondía siempre con una frialdad de hielo… Así que un día, para derretir ese hielo, puso a sus pies una arqueta llena de diamantes… Los más deslumbrantes y fulgurantes diamantes… Una fortuna realmente cuantiosa, capaz de enternecer el corazón de cualquier mujer… Sin embargo, Leonor le odiaba con toda su alma y aquella arqueta no cambió las cosas… Ella amaba a otro hombre, a uno de los sirvientes de la mansión, y nunca perdonaría al barón de Hendrix lo que había hecho. Pero aquel amor secreto de Leonor fue finalmente descubierto, y el barón de Hendrix remontó en furiosa cólera…

La señora Tarrell se detuvo unos instantes, aunque disponiéndose, de inmediato, a proseguir. Parecía estar deseando acabar cuanto antes con aquel relato.

—Para vengarse del sirviente al que Leonor amaba, ordenó que le arrancaran la lengua y que le cortaran las manos, y que luego le tiraran a un pozo lleno de culebras. Pero sólo después de haber acabado con su vida, se enteró de que su sirviente había escondido, en un lugar de la mansión, de esta mansión, la arqueta llena de diamantes. En un lugar que no dijo a nadie. Por lo que respecta a Leonor, no pudiendo soportar la muerte de su amado, cogió la daga que el barón de Hendrix llevaba al cinto, y se la clavó en el corazón, muriendo casi instantáneamente.

—¡Oh, qué horror! —exclamó Wanda, aunque, claro está, no solo impresionada por el pasado.

También por el presente.

Por un presente en el que el barón de Hendrix parecía haber resucitado. ¿Cómo si no explicarse que le hubieran visto? ¡Porque le habían visto, no cabía ponerlo en duda!

—Prosiga, prosiga… —dijo Cornel Keyes, riéndose—. Ahora viene lo gracioso…

—Según como se mire —contestó Bob Gray, que hasta entonces había estado mirando a Wanda— porque a los familiares del barón de Hendrix no debió hacerles la menor gracia.

—Lo que sucedió, lo tuvieron bien merecido —opinó Dinah Fayler—. Obedecían servilmente a aquel hombre por su dinero, ¿no? Pues lo dicho, lo tuvieron bien merecido.

—Verán… —prosiguió diciendo la señora Tarrell— se trata de que el barón de Hendrix se propuso encontrar la arqueta con los diamantes, así que empezó a buscar aquí y allá.

Una búsqueda afanosa, insistente, perseverante, de la mañana a la

noche. Y sí,
finalmente la encontró, pero para entonces era ya un hombre enfermo. En consecuencia, comprendiendo que su fin se aproximaba y que tanto su esposa como sus hijos estaban ansiosos por heredarle, decidió esconder de nuevo los diamantes. Ya en su lecho de muerte, dijo a sus ávidos familiares: «No encontraréis la arqueta por más que busquéis.
Convencido de lo inútiles de vuestros afanes, me oiréis reír en mi propio funeral». Y sí, en efecto, el día que se ofició su funeral, en la nave de la iglesia se oyó retumbar su risa... Se oyó una y otra vez, llenando de pavor a quienes hasta entonces nunca creyeron que una cosa semejante pudiera suceder. Y esta es la historia. Punto final. —Muy curiosa —dijo Teddy—. Pero, ¿qué sucedió después...? —inquirió seguidamente—. ¿Los familiares encontraron la arqueta...?
—No —dijo la señora Tarrell —. La leyenda asegura que por más que buscaron nunca dieron con ella.
—¿Sabe lo que pienso yo? —habló Cornel Keyes, de un humor excelente como era proverbial en él— que el propio barón de Hendrix tampoco debió encontrarla. Debió decir que sí, que había encontrado la arqueta para engañar a sus familiares, solo para eso.
Pero, bueno —se corrigió a sí mismo— lo que de verdad pienso es que toda esa historia fue inventada.
—De igual manera pienso yo —dijo a su vez la insinuante Dinah Fayler—. La gente tiene a veces mucha imaginación.
—De acuerdo —repuso Bob Gray—. En esta historia no hay más que simple y vulgar imaginación.
A pesar de lo dicho, parecía sentirse como si una sombra tenebrosa y sombría se
abatiera sobre la mansión. Como si un tétrico y funesto maleficio se estuviera pegando a sus viejos muros.

CAPITULO III

Persistía la tormenta y el torrencial aguacero.
Y la señora Tarrell, que había estado mirando a través de los cristales del ventanal de la biblioteca aquella aparatosa cortina de agua, se volvió y dijo:
—Aquí, a solas, y ya sin más demoras, le diré por qué le he mandado llamar.
Teddy Wood había reparado poco antes en la indicación que le hacía la dueña de la mansión, y la había seguido, y ahora estaba allí, en aquella enorme estancia, dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirle.
—Dígame, señora Tarrell.
—Si he de serle sincera, no estoy tan tranquila como aparento —le hizo saber como punto de partida.
—Me lo estaba imaginando.
—No es que esté muy preocupada, ni que tenga miedo de nada. ¿De qué en realidad iba a tenerlo? Pero hágase cargo...
—Me haré cargo —dijo Teddy— cuando me explique lo que sucede. Aunque a mí me ha parecido que aquí todo es absolutamente normal.
De normal no tenía nada. Pero no iba a ser él quien lo dijera. De momento al menos prefería callar.
—Hágase cargo —repuso la señora Tarrell— apenas vengo a esta mansión a hacerme cargo de la herencia de mi tío Reginald, pensando desde luego en vender, cuando me encuentro con que de buenas a primeras tengo ya tres compradores.
—Eso no es nada malo. Todo lo contrario.
—Después de ver el empeño que todos tienen en comprarme la mansión, no termino de decidirme a vender... No sé si me comprende usted.
—Creo que si.
—Debe usted saber —prosiguió la señora Tarrell— que mi tío Reginald era un hombre raro, con muchas manías. Bueno, por tal le tenía yo. A mí me quería mucho, pero nunca me dejó que viniera aquí a pasar unos días en su compañía. Lo máximo que me permitía era que llegara por la mañana y que me fuera a media tarde, y esto en muy contadas ocasiones. Argumentaba que no quería que me sucediera nada malo, lo que podía acontecer si al diabólico barón de Hendrix le daba por volver a este mundo a recobrar su arqueta repleta de diamantes. Yo le tomaba en broma, imagínese, pero desde hace unos
días, desde que estoy aquí... —no terminó la frase.
—Es como si el pasado le cayera encima, y la condicionara, ¿no es eso?

—En cierto modo. Y hay más... —especificó la señora Tarrell—. De ello que se me ocurriera contratar los servicios de un detective.
—Aquí me tiene, señora. Le aclararé el asunto, sea cual fuere su envergadura o
trascendencia.
—Y sí, hay más —repitió—. ¿Recuerda que he dicho, hace poco, en el salón, que el barón de Hendrix se echó a reír en su propio funeral? Pues bien, la verdad es que, desde que vivo aquí, oigo reír a ese hombre...
—¿Al barón de Hendrix? —preguntó Teddy—. ¿A un hombre que murió hace ya tantos años?
—Oigo reír a alguien... A un hombre... Y pienso que puede tratarse de él... Pero, claro, pensar eso es absurdo, ridículo.
—Sí, lo es —convino— o al menos parece serlo.
—No sé a qué atenerme, y estoy llena de dudas, de suspicacias, de recelos... ¿Usted qué opina?
—¿De qué exactamente? —preguntó—. ¿De esa risa que oye y que presupone que puede ser la de un muerto, o de esa arqueta llena de diamantes que está pensando que quizá sí exista...
—Ambas cosas pueden ser una sola, ¿no lo considera usted así?
—Tal vez.
—Se lo ruego, dígame que haría usted en mi lugar. Su opinión puede serme de gran utilidad. Me refiero —especificó— a si vendería o no esta mansión.
—Usted, en un principio, estaba decidida a vender, ¿verdad? —quiso aclarar del todo este pormenor.
—Sí —asintió la señora Tarrell.
—Pero al ver el empeño que los demás tienen en comprar...
—He llegado a la conclusión —reconoció la señora Tarrell— de que puede existir la arqueta con los diamantes... Sí, he llegado a esta conclusión...
—Su deducción es muy acertada, totalmente correcta. Debo convenir en ello —asintió el detective.
—No obstante, esa risa de hombre que oiga cuando menos lo espero...
—¿Está segura de oírla? —preguntó.
—Totalmente. Pues bien, esa risa que oigo cuando menos lo espero —repitió— me pone los pelos de punta, o la carne de gallina, como usted prefiera. Porque podría tratarse del propio barón de Hendrix, en cuyo caso, no lo dude, vendería a cien por hora. No quiero tratos con seres del Más Allá. Aunque no resulta fácil dar como válida la suposición de que un muerto pueda volver a este mundo...
—Si una persona es capaz de reírse en su funeral, reconozca conmigo en que debe ser capaz de todo.
—Sí, sí, claro —reconoció la señora Tarrell—. Tal vez en los

insondables misterios del otro mundo, cuando ya se ha traspasado la tenebrosa frontera que separa la vida de la muerte, cuando ya las ardientes llamas del infierno devoran y castigan los pecados terrenales... —pero lo cierto es que hablando así se había asustado a sí misma, y mucho, por lo que de pronto se calló.

—Présteme atención, señora Tarrell —dijo Teddy, queriendo sacarla de la zozobra en la que evidentemente se hallaba inmersa—. En primer lugar, yo me encargaré de averiguar quién es el propietario de esa risa... Puede tratarse de algo preparado por alguno de los presuntos compradores de esta mansión. Un modo como otro de que usted venda con rapidez. Por cierto —añadió el detective— ¿cuántos días hace que están aquí las personas a las cuales antes me ha presentado?

—Desde hace dos días, exactamente desde que llegué. No desean irse mientras yo no tome una determinación respecto a si vendo o no. Lo cierto es que no he sabido cómo quitármelos de encima.

—Comprendo.

—O sea, que usted cree que puede tratarse de algo preparado... Me refiero a esa risa...

—Es la posibilidad que de momento encuentro más factible.

—Lo que significaría... Sí, claro, eso significaría sin duda que los diamantes son un hecho real... De ello, ese empeño de alguien en asustarme, en hacerme creer en la autenticidad de esa risa. En tal caso, yo no vendería... De existir esos diamantes, son míos, solo míos. He ido yo quien ha heredado a tío Reginald. Ahora bien, si usted investiga y resulta que la risa es auténtica... —tembló toda ella, dando la sensación de ser un puro flan—. Quiero decir, usted ya me entiende, que si es el propio barón de Hendrix quien se ríe, en ese caso renunciaré a los diamantes y a la mansión. Sin pensármelo dos veces, se lo

aseguro. No, no quiero tratos con personas muertas.

—De acuerdo —dijo Teddy, y dio por concluida aquella primera charla.

La lluvia había cesado casi por completo. Aunque el cielo se hallaba tan encapotado, tan negro, que se evidenciaba el hecho de que no tardaría en volver a caer el agua a cántaros.

—Es este un buen momento para que mis criados me entren la caja —dijo la señora Tarrell —. ¡Ya verá qué reloj más precioso he comprado!

—Me encantara verlo —repuso Teddy, con naturalidad.

Ya fuera de la biblioteca, Wanda había de acercarse al detective. Aprovechó que la señora Tarrell se alejaba para hacerle estas preguntas.

—¿Por qué no le has dicho que en lugar del reloj hay el cadáver de

una mujer? ¿Y por qué no le dices que vimos al barón de Hendrix? Estás complicando las cosas sin necesidad, ¿no crees?
—Creo —dijo Teddy— que los hechos se han de desenvolver por sí mismos, sin que nadie los precipite o simplemente los adelante. Hacerlo podría poner en guardia a alguien en particular.
—¿A alguien? —preguntó ella—. ¿A quién en concreto?
—No lo sé —contestó—. Supongo que a una de las tres personas que están en el salón.
—¿Los tres te resultan sospechosos? —quiso saber la muchacha.
—Sí.
—¿También Dinah Fayler? Tan atractiva, tan insinuante... Me cuesta creerlo.
—Que lance unas miradas que reconozco que son todo un poema de pasión, no quita, para mí al menos, que pueda ser capaz de cualquier cosa. Así que no me fío de ella.
—¿De mí tampoco? —sonrió Wanda.
—De los ángeles sí me fío —le devolvió la sonrisa.
—No soy tan ángel como supones —le aseguró la muchacha—. Al ver como Dinah Fayler te miraba la hubiera arañado. Tienes mi palabra.
—Te voy a devolver el halago. Le partiría la cara a ese Bob Gray cada vez que te pone los ojos encima.
La señora Tarrell había llamado a sus dos sirvientes, un hombre y una mujer.
El era fuerte, de anchos hombros, de fuerte complexión. Ella era una mujer de aspecto sano a la que sin duda le cundía mucho el trabajo.
—La lluvia ha cesado —oyeron que les decía la señora Tarrell — . Podéis sacar la caja de la camioneta y llevarla al salón. Anda, daos prisa antes de que empiece a llover de nuevo.
—Sí, señora —dijo Joel, que así se llamaba el criado.
—Sí, señora —contestó Rosalind, que así se llamaba la criada.
Pocos minutos después, la alargada caja de madera había sido sacada de la camioneta y llevada al salón, siendo depositada en el suelo. Exactamente donde había indicado la señora Tarrell.
Fue entonces, ni más ni menos, cuando se oyó el ruido de un coche, que, tras una forzada maniobra, se detenía ante la entrada principal de la mansión.
—¿Quién puede ser? —preguntó la señora Tarrell, de momento olvidándose del
contenido de la caja.
—Quizá un nuevo comprador —dijo Bob Gray—. No me extrañaría. Todo el mundo se interesa mucho por esto. Tanto que empiezo a no entenderlo bien...
Nadie tomó en consideración lo que acababa de decir. Posiblemente porque el aldabón de bronce de la puerta principal estaba ya sonando.

Joel fue a abrir.
—¿El señor Keyes...? Soy Deborah, su hija...
La hija de Cornel Keyes era muy joven y se parecía mucho a su padre. No era gruesa como él, pero si bastante llenita. Con los años las cosas se complicarían, era fácil deducirlo. Como su padre tenía el rostro risueño, alegre.
—Les presento a mi hija Deborah.
Deborah se mostró asombrada de que su padre no hubiera conseguido aún que la señora Tarrell le vendiera la mansión. Su padre siempre conseguía lo que se proponía.
—Se lo está pensando, hija.
—Además —intervino Dinah Fayler— que también nosotros queremos comprar— y miró a Bob Gray.
Este dijo:
—En efecto, somos tres a querer adquirir esta mansión.
Se la quedará quien pague más por ella. Creo que seré yo.
—Todavía no estoy decidida a vender —intervino la señora Tarrell—. Por lo que a usted respecta, señorita Keyes, encantada de conocerla.
—Llámeme Deborah, por favor.
—¿Cómo se ha atrevido a venir con esta tormenta, y ya de noche? Es usted muy
valiente.
—Cuando he salido de Londres el cielo apenas se hallaba cubierto. No podía esperarme esto.
—En fin ya está aquí y no le ha pasado nada. Esto es lo importante. Por descontado, se quedará a dormir aquí. No debe preocuparse por nada, hay habitaciones de sobras. Será un placer tener su compañía.
—Es usted muy amable, señora Tarrell.
—No faltaría más.
Luego de mostrarse amable y sencilla con la señorita Keyes, la señora Tarrell se percató de que allí estaba la caja de madera.
—¡Mi reloj! —exclamó—. Me había olvidado...
Pero se dirigió hacia el teléfono, pues en aquel preciso instante se puso a sonar.
Cogió el auricular.
—Dígame... Sí, soy la señora Tarrell... ¿Cómo...? ¿Cómo...? —hubo en su voz una sorpresa enorme—. ¿Qué no van a poder enviarme el reloj hasta mañana? Pues yo creía..., creía... Bien, sí, de acuerdo... —y colgó.
Teddy Wood estaba mirando con atención a los allí reunidos. No se perdía el menor gesto de ellos, ni tan siquiera el más leve pestañeo.
—Acaban de decirme que no van a poder enviarme el reloj hasta mañana. Pues ¿qué demonios contiene esta caja? —barbotó de pronto la señora Tarrell.

* * *

Cuando la tapa de la alargada caja de madera estuvo en disposición de ser alzada, Joel, el criado, se detuvo por unos instantes.
Veía la expresión expectante y un tanto inquieta de los allí reunidos y al parecer no se sentía muy satisfecho de todo aquel suspense.
—Anda, abre de una vez —le apremió la señora Tarrell.
Wanda contuvo la respiración.
—Sin embargo, así que la caja fue abierta, la muchacha se sintió más, mucho más tranquila. Si bien esto, claro, según como se mire. Desde luego se había quedado de una pieza.
Dentro de la caja sólo había unas cuantas paladas de tierra.
—¿Qué significa esto...? —y la señora Tarrell se dirigió a Wanda—. ¿Qué explicación puede darme usted... ?
—No sé..., no sé qué decirle, señora —tartamudeó la muchacha-, De veras que no lo sé... He recibido el encargo de traerle la caja... Creía que se trataba de un encargo como cualquier otro...
—No se preocupe —dijo la señora Tarrell ante la consternación de la muchacha—.Pero, francamente, no acierto a imaginarme a qué viene todo esto...
—Alguna broma —opinó Cornel Keyes, a quien lo sucedido le había parecido bastante divertido.
—Una broma que no tiene sentido... —añadió Dinah Fayler.
—Para mí —subrayó Bob Gray— que aquí hay gato encerrado.
—¿Qué quiere decir? —preguntó la señora Tarrell.
—Ha sido una manera como otra de expresarme —repuso Bob Gray—. Simplemente eso.
—¿Está seguro...? —inquirió Teddy Wood acercándose al elegante y refinado joven.
—De haber gato encerrado —repuso éste, un tanto secamente— es a usted a quien le correspondía... Porque el detective es usted, ¿no?
—Lo soy —manifestó Teddy—. No lo ponga en duda.
—Pues demuéstrelo.
—Pienso hacerlo —apostilló.
—Bueno, no se enfaden —intervino la señora Tarrell, conciliadora—, Ya se aclarará lo sucedido.
—¿Usted cree... ? —a Deborah le había causado muy mala impresión aquella especie de broma, o lo que fuera.
Wanda por su parte, había mirado a Teddy como diciéndole: «¿Y la mujer muerta?
¿Dónde está? Se ha evaporado...
La expresión de Teddy era impertérrita. No parecía sentirse desconcertado en lo más mínimo. «Debía estar acostumbrado a los

hechos más insólitos», pensó la muchacha.

CAPITULO IV

Aún faltaba un rato para que la cena fuera servida, así que Teddy le pidió permiso a la señora Tarrell para echar un vistazo a la mansión.

—Sí, claro —asintió—. Le diré a Joel que le acompañe.

—Prefiero ir solo. Si a usted no le importa...

—Oh, claro que no —aseguró.

Cuando Teddy se disponía a iniciar el recorrido de aquella enorme propiedad, Wanda se le puso al lado.

—Ahora están hablando de política —le dijo—. No me van a echar a faltar. Te
acompaño.

—Bueno —aceptó el detective.

En la planta baja, además del salón, de la biblioteca y del comedor, habían varias estancias más, pero que no debían haber sido usadas en los últimos años. En el piso estaban los dormitorios y varias habitaciones que tampoco, al parecer, nadie había ocupado en los últimos tiempos.

Nada de particular, pues, de momento. Nada al menos que hiciera pensar en algo sospechoso.

Pero estaba el sótano.

Y fue en el sótano donde Teddy Wood se dijo que allí todo era diferente, o que al menos todo podía serlo.

El sótano constaba de diversas salidas, por lo que ofrecía la oportunidad de poder salir o entrar por distintos lugares.

Estaba lleno de polvo y de telarañas. No obstante, se veían huellas recientes de
pisadas. Alguien debía haber estado por allí no hacía mucho. Debía ser Joel, el criado de la señora Tarrell. Aunque ésta era una suposición un tanto gratuita. Cualquiera podía haber dejado aquellas huellas.

—Mira, aquí hay un pozo... Bueno, al menos parece un pozo... —dijo Wanda.

Teddy se acercó al lugar que la muchacha le indicaba. Se inclinó y miró dentro.

—No veo el fondo —repuso—. La luz está a la entrada y la claridad apenas llega hasta aquí.

—¿Sabes lo que estoy pensando...? —preguntó Wanda estremeciéndose. ¿No será aquí donde el barón de Hendrix arrojó a su sirviente tras haber ordenado que le arrancaran la lengua y le cortaran las manos?

—Es posible —asintió Teddy.

—¿Seguirá habiendo culebras? —se estremeció de nuevo la muchacha.

—De haberlas no se conformarían con estar en el fondo, menos aún sin comida. Hay que descartar esa posibilidad. Debe estar vacío,

aunque, claro, no puedo asegurarlo, no veo el fondo.
—Pero la mujer muerta tiene que estar en alguna parte —observó Wanda — . La gente no desaparece así como así.
—En lo mismo estaba pensando yo —contestó Teddy.
—¿Adónde debe dar esa puerta? —preguntaría la muchacha poco después, hallándose al otro lado del sótano.
—A la parte trasera de la mansión —dijo el detective—. Supongo que a un lugar
discreto desde donde sea fácil desaparecer y no ser visto.
—Oye, ¿tú crees que es de fiar el criado de la señora Tarrell?
—No tengo ninguna razón para sospechar de él. Tampoco para dejar de hacerlo, por descontado. —Teddy añadió—: Desde luego, yo de la señora Tarrell pondría en cuarentena la fidelidad de ese hombre. Por si acaso.
—Sí, claro —asintió Wanda.
—Por cierto, no estará de más que echemos una ojeada al jardín. Mal cuidado, lleno de arbustos, de hierbas y de matas, puede resultar un buen lugar para esconder un cadáver, ¿no te parece?
—No me seduce la idea de buscar de noche... —tembló Wanda — . Además que ha empezado a llover de nuevo, y torrencialmente... Escucha, el ruido llega hasta aquí...
—Sí, es verdad. Tendremos que dejar esa búsqueda para otro momento más oportuno.
En ese instante oyeron unos gritos histéricos.
Reconocieron la voz de Deborah, de la hija del grueso y jovial Cornel Keyes.
—Vayamos a ver qué pasa.
—Sí, sí... —contestó ella.
Salieron del sótano. Y ya de nuevo en el salón, se enteraron de lo que había sucedido.
Algo grotesco, casi cómico. Deborah había perdido los nervios porque le había parecido ver, a través de las ventanas del salón, deambulando por el jardín, al barón de Hendrix.
Ni más ni menos.
—No es que me lo haya parecido —y Deborah seguía, si no con sus gritos, sí con su histeria—. ¡Era él! ¡El mismo que mis ojos ven en ese cuadro!
—Eso no es posible —adujo Bob Gray—. El barón de Hendrix murió hace muchísimos años.
—¡Era él! —exclamó Deborah—. ¡Vestido igual, exactamente igual! ¡Lo puedo jurar!
—Hija, no digas tonterías —intervino su padre—. Ya no eres ninguna chiquilla...
—Papá, te aseguro que le he visto... Solo que, al arreciar de nuevo la

lluvia, ha
apresurado el paso y ha desaparecido...
—Desaparecido, ¿hacia dónde? —preguntó Dinah Fayler, sacando un cigarrillo y encendiéndolo con un pulso no sereno del todo.
—No puedo asegurarlo —dijo Deborah.
—Bueno, yo creo que es mejor que nos serenemos —intercaló la señora Tarrell. Pero también a ella se le veía alterada—. Menos mal que pronto estará servida la cena.
—Por lo que veo nadie me hace caso —se quejó Deborah, y salió disgustada del salón.
—No se preocupe —dijo la señora Tarrell a su padre— en seguida se le pasará.
—Sí, naturalmente —contestó Cornel Keyes.
Dinah Fayler se acercó al detective.
—¿Usted cree que hay motivos para asustarse?
—Supongo que no —dijo Teddy.
—No, claro. Aunque debo reconocer que por un momento he sentido como si un lápiz helado estuviera escribiendo en mi espinazo. Es una sensación muy poco agradable, se lo aseguro.
—De momento no pasa nada —repuso Teddy.

* * *

De momento no había pasado nada. Por lo menos nada que supieran los habitantes de la mansión.
Por lo que respecta a Deborah, había abandonado el salón y se había metido en la biblioteca. Como pudiera haberlo hecho en cualquier otra estancia.
Se estaba diciendo que no tenía que haber gritado tan histéricamente. Aunque la razón era suya. ¡Porque había visto a aquel hombre! ¡Nadie le convencería de lo contrario!
Ya en la biblioteca, a oscuras, pues no se entretuvo en encender la luz, se dejó caer en un sillón. ¡Qué susto más grande se había llevado!
En eso, vio que había alguien en un sillón situado unos metros más allá, y lo cierto es que se alegró sinceramente de no estar sola.
Pero ¿quién podía ser aquella señora? Sin duda algún familiar de la señora Tarrell. De todos modos, no se la habían presentado. ¡Qué raro!
—Buenas noches —la saludó.
Pero viendo que la señora no se levantaba, ni se movía, ni hacía el menor ademán, ella, que había iniciado ya el gesto de ponerse en pie, siguió sentada.
¿Por qué había de ser ella bien educada si la otra no se esforzaba lo más mínimo en serlo?
—No nos han presentado... —dijo Deborah seguidamente,

considerando que aquel silencio resultaba muy violento.
Una nueva pausa. Un nuevo silencio. Tras el cual, y al ver que la mujer seguía sin moverse y sin hacer el menor ademán, ironizó:
—Me parece que he venido aquí a molestarla. Debía estar con sus pensamientos…
¡De pronto se dio cuenta de que la mujer permanecía con los ojos cerrados!
Debía estar dormida.
¡Pero algo brillaba siniestramente en su pecho! ¡Era la dorada empuñadura de una daga!
Deborah gritó. Con un pánico inmenso metido en el cuerpo, helándole el corazón.
Pocos segundos después, los demás estaban ya allí. Seriamente alarmados ante aquel nuevo grito.
Y ya accionado el interruptor de la luz, quedó claro que allí en aquel sillón había una mujer muerta. Con una daga de empuñadura dorada clavada en el corazón.
—¿Quién es esa mujer…? —se sofocó y se aterrorizó a un mismo tiempo la señora Tarrell.
—Si usted no lo sabe… —ironizó Bob Gray— no espere que lo sepa yo. Esta es su casa.
Todos miraron a la señora Tarrell.
—Les aseguro que no sé quién es, ni cómo ha podido llegar hasta aquí —seguía su sofoco, y también su terror—. No la conozco de nada. No la he visto en mi vida.
—Resulta difícil de creer —opinó Dinah Fayler.
—Si ella lo dice… —añadió más diplomático Cornel Keyes.
—Habrá que avisar a la policía —se apresuró a decir Deborah, terriblemente afectada pues en definitiva ella había sido la que había descubierto el cadáver.
—Naturalmente —y la señora Tarrell se volvió hacia Teddy—. Telefonee usted, por favor.
—Ahora mismo —contestó el detective.
Un minuto después se había puesto en contacto con el inspector Howard.
La respuesta de éste, empero, no había de resultar totalmente satisfactoria. Acudiría a la mansión así que le fuera posible, pero mucho se temía que no pudiera ser hasta el día siguiente. Había quedado desbordado por las aguas el puente que había entre Promdden y la vecina localidad.
—Me ha dicho que es usted detective, ¿no es eso? Pues dejo en sus manos el caso hasta que yo llegue —fueron las últimas palabras del inspector Howard.
—De acuerdo —le había contestado Teddy Wood.

Una vez les hizo saber la respuesta del inspector de policía, todos quedaron silenciosos.
De momento al menos a nadie se le ocurrió qué decir.
—Bueno, pues habrá que esperar —resumió finalmente Bob Gray.
—No va a tocarnos otro remedio —se resignó a su vez Cornel Keyes.
—Vaya nochecita que nos espera... —añadió por su cuenta Dinah Fayler.
—A mí se me ha quedado la boca seca —dijo Deborah.
—Deberíamos retirar de aquí el cadáver de esta mujer, ¿no les parece? —sugirió la señora Tarrell.
—Hay que dejarla donde está —intervino Teddy—, Hay que respetar las posibles huellas dactilares.
—Sí, claro, naturalmente —asintió la señora Tarrell—, No había pensado en eso.
Disculpe.
—¿Y vamos a dejarla con la daga clavada? —preguntó Dinah Fayler —. No parece muy humano.
—A la interesada no creo que le importe demasiado — manifestó Teddy—. Cuando uno está muerto, ciertas cosas ya tienen sin cuidado.
—Esa daga... —dijo a continuación Deborah— es la misma que el barón de Hendrix lleva en el cuadro. Supongo que han reparado en ello.
—Se parece, sí —aceptó Cornel Keyes.
—¿Quiere decir con eso que ha debido ser el barón de Hendrix quien...? —preguntó Dinah Fayler—. ¡Si empezamos a divagar estamos bien arreglados!
—Yo le vi a través de los cristales —remachó Deborah—. Parece imposible, ya lo sé...
Pero es totalmente cierto... No, no me creen... ¿Verdad que no?
El resplandor de un nuevo relámpago, seguido del ensordecedor trueno, fue la única respuesta.

CAPITULO V

Apenas habían cenado.
Nadie tenía gana.
Pero unos y otros, muy nerviosos, no cesaban de fumar. Como si de esa forma hubieran de arreglarlo todo.
Bob Gray, no obstante, es el que parecía haberse tranquilizado más. De ello, quizá, que se estuviera entreteniendo en sacar anillos de humo a su cigarrillo.
—Si así se distrae... —le censuró Dinah Fayler.
—No quiero preocuparme más de la cuenta —contestó Bob Gray—. Dentro de unas horas el inspector Howard estará aquí, la situación se aclarará y...
—Pues yo no lo veo tan sencillo —subrayó Cornel Keyes, que ya no parecía el mismo, toda su expresión se había ensombrecido—. Menos aún, si la señora Tarrell asegura, y yo no tengo por qué dudarlo, que no conoce de nada a la muerta...
—Les aseguro que no la he visto en mi vida —insistió la señora Tarrell, molesta al ver cómo la miraban — . Posiblemente no me creen, pero...
—Yo sí la creo —repuso Teddy en aquel momento, considerando que ya no podía dejar de decir lo que sabía — . Y la creo —añadió— porque ese cadáver ha venido con nosotros en la camioneta.
—¿Cómo...? —respingó a medias Bob Gray.
—¿Cómooo...? —Dinah Fayler respingó del todo.
—¿Cómooooooo...? —Cornel Keyes había saltado en su asiento.
—Esto se complica cada vez más —musitó Deborah.
—¿Ha hablado en serio? —preguntó la señora Tarrell, y como sea que estaba en pie apoyó la mano en el respaldo de una silla.
—Totalmente en serio —dijo Teddy.
Acto seguido les explicó todo lo sucedido.
—Entonces, la mujer estaba dentro de la caja de madera, ya muerta —dijo la señora Tarrell — . Muerta, lo que no le impidió incorporarse y decir que el barón de Hendrix iba a asesinarla... —no, ya no se limitaba a colocar una mano en el respaldo de la silla, se apoyaba toda ella—. Además, vieron a un hombre vestido de negro... Un hombre que, por lo que dicen, se asemejaba al que hay en el cuadro...
—¿Se dan cuenta? —espetó Deborah—, Yo no he visto visiones.
—Cuando hemos abierto la caja de madera —prosiguió diciendo la señora Tarrell —ustedes dos esperaban que apareciera la muerta... —y ahora miró también a Wanda.
—Era lógico esperarlo —repuso Teddy—, Pero en lugar de la mujer sólo habían unas paladas de tierra. De lo que se desprende algo muy concreto.

—¿Qué...? —preguntó Bob Gray.
—¿Qué...? —inquirió Cornel Keyes.
—¿Qué...? —quiso saber Dinah Fayler.
—Alguien sacó el cadáver de la camioneta y lo llevó a la biblioteca —dijo Teddy—, Y le clavó la daga... Innecesariamente, claro, porque la mujer estaba ya muerta.
—Se está refiriendo al barón de Hendrix... —y Deborah parecía esperar que el detective asintiera.
—No me refiero a nadie en concreto —aseguró Teddy—. Me limito a exponer los hechos.
Un par de horas después, tras una larga y exhaustiva conversación que no les llevó ni les condujo a nada, Deborah dijo que estaba muy cansada y que agradecería poder irse a descansar un rato.
—Joel la acompañará a su dormitorio —le dijo la señora Tarrell—. Considérese en su casa.
—Muchas gracias, señora.
Ya subía la escalera, cuando Dinah Fayler dijo:
—Creo que me convendría hacer otro tanto. ¿Me disculpan?
En conclusión, todos decidieron que ya era muy tarde y que lo mejor que podían hacer era ir a dormir un poco. A intentarlo al menos.
—Mi habitación está aquí, junto a la tuya —le dijo Teddy a Wanda, ya en aquella planta, en el corredor al que daban las puertas de los dormitorios—. Si te pasa algo, llámame. Tengo el sueño muy ligero. No lo dudes, te oiré a la primera.
—Me da tranquilidad oírte —contestó ella.
—Debes cerrar bien la puerta —le previno.
—De acuerdo.
—No lo digo por el barón de Hendrix —bromeó Teddy— sino por ese Bob Gray que no me cae nada simpático. Ese se colaría muy a gusto en tu cama.
—Otro tanto opino y de Dinah Fayler —bromeó Wanda a su vez—. Te aconsejo, pues, que también tú cierres bien la puerta.

* * *

Deborah se hallaba en el dormitorio que le habían destinado, situado al término del largo corredor. Los muebles estaban cargados de años, pero eran de buena madera. La cama era muy antigua, pero el colchón resultaba muy blando.
Se había acostado, sin desvestirse, simplemente queriendo reposar un poco. Lo estaba necesitando.
Pero no podía tranquilizarse. Cada vez estaba más nerviosa, más agitada. No conseguía sujetar los nervios.
Sintió el deseo de fumar y se incorporó en la cama. Buscó con la

mirada dónde había dejado su monedero. Allí tenía la cajetilla y el encendedor.
Sin embargo, acababa de ver sobre la mesilla de noche una cajita de cristal,
conteniendo un cigarrillo.
En lugar de los suyos decidió coger aquél. Le gustaba cambiar de marca.
En seguida se dio cuenta de que aquel tabaco tenía un sabor suave, fino, exquisito. Sin embargo...
Aquel cigarrillo que al principio sabía a gloria, luego, conforme se iba consumiendo, causaba una extraña sensación de sofoco, de ahogo, de asfixia.
Pero no, debía ser ella, que seguía muy nerviosa.
Aquel cigarrillo de sabor tan suave, fino y exquisito no podía ser el causante de lo que estaba sintiendo. En modo alguno.
Volvió a aspirar el humo del cigarrillo. Hondo, profundo, hasta el fondo de sus
pulmones. ¡Tenía un sabor tan delicioso!
Y la sensación de sofoco, de ahogo, de asfixia, se intensificó. De tal modo, que Deborah se quedó con la respiración detenida, cortada, y se llevó instintivamente las manos al cuello.
Quiso, sin embargo, tranquilizarse. Aquella sensación pasaría, sería momentánea. No tenía sentido suponer otra cosa.
Desde luego, no debía desconfiar de aquel cigarrillo. ¡Qué idea más absurda, más irrazonada!
Queriendo convencerse de ello, volvió a llevar el cigarrillo a sus labios. ¡Qué sabor más deliciosamente exquisito!
Pero el sofoco, el ahogo, la asfixia se acentuaron, se hicieron tan patentes tras el nuevo humo ingerido, que con un pánico súbito rechazó el cigarrillo, dejándolo en el cenicero, partido en dos.
No obstante, ya para entonces, los miembros se le estaban quedando paralizados. También sus ideas, sus pensamientos todos, su total raciocinio empezaba asimismo a quedar bloqueado.
Se vio reflejada en el espejo del armario.
Sus ojos, con una luz de abyecto terror, se habían desorbitado y sus facciones estaban totalmente desencajadas. Reflejaba la más terrible de las angustias.
Se vio a sí misma envarada, rígida, incapaz de recuperar el movimiento. Hecha de una sola pieza y como sentenciada a quedarse así.
Un estridente grito estaba pugnando por salir de su laringe, pero no podía emitirlo.
Estaba claro que era así.
Con todo, lo peor era el sofoco, el ahogo, la asfixia, y ahora, por

añadidura, un
espantoso e insoportable dolor en el pecho.
De nuevo se le detuvo, se le cortó la respiración.
Esta vez por tan largo espacio de tiempo que un poco más y no hubiera podido
soportarlo.
Seguía con las manos en el cuello, pero ahora hechos garfios sus dedos.
Poco después, sin fuerzas, y de nuevo sin aire en los pulmones, cayó hacia atrás, sobre la cama.
Rojo su rostro, amoratados sus labios, enormemente dilatadas sus pupilas, este fue su final.
¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que llevara el cigarrillo a sus labios?
Muy poco. Apenas un par de minutos.
Y el final le llegaba pocos días antes de cumplir los diecinueve años.

CAPITULO VI

Fue Teddy Wood quien creyó oír algo en el dormitorio de Deborah. Aunque le hubiera costado decir qué era.
Llamó con los nudillos.
—¿Está bien…? —preguntó.
No había de recibir ninguna respuesta. Resulta obvio decirlo.
—¿Está dormida…? —insistió el detective—. Me ha parecido que… Abrame, será
mejor… Nos tranquilizará verla…
Los demás estaban ya allí, tras él. Por lo visto no dormía ninguno de ellos y ante sus voces se habían apresurado a salir.
—¿Sucede algo? —oyó que le preguntaba Wanda.
—Mucho me temo que sí. No contesta.
—Entre, no se ande con miramientos —dijo la señora Tarrell.
—Es lo que iba a hacer.
Ya dentro de la estancia, cuya puerta cedió al primer golpe de hombro, todos se dieron cuenta inmediatamente de que Deborah había muerto.
Su padre se lanzó llorando sobre su cuerpo. Un cuerpo que no se movió, que no
volvería a moverse.
—¡Hija mía! ¡Hija mía!
—Temía que la hubieran asesinado —repuso Bob Gray—. Pero no hay señales de violencia. Debe haber sufrido un colapso cardíaco.
—Mi hija estaba perfectamente de salud —sollozó Cornel Keyes.
—Pobre muchacha —murmuró Dinah Fayler.
Teddy se dirigió hacia el cenicero y observó aquel cigarrillo aplastado, partido en dos.
Se fijó también en la cajita de cristal que se hallaba vacía. La olió.
—¿Pasa algo…? —le preguntó Wanda.
—Creo que ha muerto envenenada. Un veneno que ha llegado a sus pulmones
convertido en humo. Este cigarrillo es el culpable, lo aseguraría.
—¿Qué dice…? ¿Qué está diciendo…? —se soliviantó Cornel Keyes.
—No puedo asegurarlo —repuso Teddy—. La autopsia deberá decir si su hija ha muerto o no de muerte natural. Aunque mucho me temo que…
—¿Está intentado asustarnos aún un poco más? —inquirió Bob Gray —. Tengo esa impresión.
—Lo lamento, pero yo debo decir lo que pienso.
—Lo que piensa —repuso Dinah Fayler— no es muy tranquilizador.
—Primero la mujer esa… —musitó la señora Farrell—. Ahora Deborah, que según usted ha muerto a causa de un cigarrillo

envenenado…
—En cuanto llegue el inspector Howard y me autorice a ello, me iré de aquí —aseguró Bob Gray—. Ya no me interesa adquirir esta propiedad.
—Digo otro tanto —repuso Dinah Fayler—, Que se la quede quien quiera. Yo he perdido ya todo interés.
—Yo también me iré —afirmó Cornel Keyes—. A mí tampoco me interesa ya esta mansión. Era Deborah quien deseaba comprarla.
Un rato después, todos ellos, menos Cornel Keyes, se hallaban en el salón. En silencio, cabizbajos, mirando cada dos por tres el reloj.
Un reloj que parecía resistirse a adelantar. De todas maneras, ya ninguno de ellos deseaba volver a su dormitorio. Esperarían el nuevo día sin moverse de allí.
Rosemary les estaba sirviendo café.
Mientras tanto, Cornel Keyes seguía junto a su hija muerta. Esta, ahora, debidamente estirada y colocada en la cama, con las manos sobre el pecho.
No mucho rato después, Cornel Keyes oyó que alguien pasaba por el corredor y miró hacia allí. A través de la puerta entreabierta vio que se trataba de Joel, el criado.
Sin pensárselo demasiado, se acercó a la puerta y requirió su atención.
—Joel…
El sirviente se volvió.
— Me gustaría hablar con usted.
—¿Conmigo, señor?
—Será mejor que entre en la habitación. De lo contrario podrían oírnos.
—Oh, señor, los muertos me sobrecogen el ánimo —no pudo decir más claro que prefería no acercarse a la muerta.
—Vayamos a cualquier otra estancia —repuso Cornel Keyes—. Para el caso viene a ser lo mismo.
—Sí, señor —acató Joel.
Ya en una habitación con trazas de no haber sido ocupada desde hacía mucho tiempo, Cornel Keyes dijo:
—Poco antes de morir, mi hija aseguró haber visto al barón de Hendrix. Me gustaría saber si usted le ha visto también.
—Señor, el barón de Hendrix murió hace muchísimos años. Me extraña, pues, que me haga esa pregunta.
—El detective y la muchacha rubia que llegó con él, también le vieron en la carretera…
—Eso dicen —su tono no pudo ser más escéptico.
—¿No les ha creído?
—En absoluto, señor.
—Escuche, me gustaría que si ve algo, algo anormal en cualquier

sentido, me lo diga. A mí antes que a nadie.
—Si el señor lo desde de este modo...
—No sólo lo deseo, sino que estoy dispuesto a pagarle bien cualquier información que pueda proporcionarme.
—De acuerdo, señor. Pero ¿qué información busca en realidad? No termino de
hacerme una idea de lo que desea el señor.
—Se lo he dicho ya, si ve algo, algo anormal...
—Al decir anormal alude al barón de Hendrix, creo entenderlo así, ¿verdad, señor?
—Sí, sí —asintió Cornel Keyes—, Aunque también cualquier otro dato... —Había de agregar—: El señor Wood, que es detective, piensa que mi hija ha muerto a causa de ese cigarrillo que fumó. Un cigarrillo que no era de los suyos. Yo pienso, que quizá usted vio a alguien... Porque si alguien dejó el cigarrillo en la cajita de cristal, usted pudo verle...
—No vi a nadie, señor —le aseguró Joel — . Por lo demás, ¿quién iba a tener interés en...?
—Oigo pasos en la escalera, será mejor que nos separemos. No conviene que nos vean hablando. Pero recuérdelo, le pagaré bien por cualquier cosa que me diga.
—De acuerdo, señor.
Joel salió de allí.
Cornel Keyes hizo otro tanto, pero él se acercó a la escalera para ver quién era la persona que subía.
Era la señora Tarrell.
—Venía a buscarle —dijo ella, deteniéndose antes de llegar arriba—. Por favor, venga con nosotros. Tomará una taza de café.
—Sí, sí —asintió Cornel Keyes.
Cuando entraron en el salón, Rosemary estaba sirviéndoles una segunda taza de café.

* * *

Todos ellos se habían ausentado del salón a lo largo de aquellas horas transcurridas. Por uno u otro motivo. Por mayor o menor tiempo.
Lo dicho, ninguno había permanecido todo el rato ante la vista de los demás.
Teddy Wood se había dado perfecta cuenta de ello. Por lo que dedujo que cualquiera de ellos, de habérselo propuesto, podía haber hecho algo...
En realidad, así había sido.
Aunque eso aún no se sabía.
Un rato antes, Joel se hallaba en una de las estancias situadas al otro

lado del amplísimo vestíbulo. Una estancia que, como todas las de la planta baja, tenía su correspondiente chimenea.
Le había parecido que oía algo y se había dirigido hacia allí queriendo ver de qué o de quién se trataba.
No vio a nadie, pero se detuvo junto a una de las ventanas para contemplar cómo seguía cayendo la lluvia. Una lluvia que volvía a ser torrencial, mientras las tétricas
concavidades del negro cielo se veían rasgadas por el zigzag de los continuos
relámpagos.
De pronto, Joel se volvió.
Alguien acababa de llegar hasta él.
—Ah, ¿eres tú... ?
—¿Desde cuándo yo te asusto? —preguntó la persona recién llegada.
— Es que estamos todos un poco nerviosos —repuso Joel—. ¿No lo estás tú?
—No —negó.
—Como llueve... —comentó Joel seguidamente—. A este paso la tormenta no va a terminar nunca.
—Todo termina —fue la respuesta.
Estaban situados cerca de la chimenea, pero Joel, ante el aparatoso resplandor de un nuevo relámpago, giró la cabeza hacia la ventana.
Fue sólo unos segundos.
Sólo eso.
Más que suficiente, no obstante, para que la persona que se hallaba junto a él, cogiera el atizador de hierro con el que se removían y se ponían en orden los troncos de la chimenea cuando ésta era encendida, y...
Joel recibió un golpe terrible en la mitad del cráneo.
Un golpe contundente que le hizo doblar las rodillas, abatir la cabeza y caer fulminado.
Quedó, como un fardo encogido, sobre las baldosas de la estancia.
Había perdido el conocimiento. Y era mejor así.
De lo contrario hubiese sentido un miedo horrible, un pánico cerval. Porque ante el gesto asesino y paranoico de su enemigo, hubiera visto de una manera clara, evidente, rotunda, que se había propuesto acabar con él. Lo antes posible. Sin demoras que pudieran tener comprometidas consecuencias.
Pero había perdido el conocimiento y no, no se daba cuenta de nada. Iba a pasar de la vida a la muerte sin percatarse de ello.
El atizador se alzó en el aire y cayó de nuevo sobre su cráneo. En el mismo sitio que lo hiciera antes.
Y de nuevo otra vez, y otra, y otra...
La cabeza quedó partida en dos, rezumando sangre, los sesos a la vista

de cualquiera.
Con los ojos, a base de tantos golpes, fuera de su sitio, despegados de sus órbitas.
El atizador, seguidamente, fue colocado en su correspondiente lugar. Como si nada hubiera pasado.
Antes, no obstante, el mango fue cuidadosamente frotado. No había que dejar huellas.

CAPITULO VII

Wanda se había levantado para dar unos cuantos pasos. ¡Qué lento iba el reloj! Era aquella una lentitud exasperante.
Estaba al otro lado del salón, cuando Bob Gray se le acercó.
—Quizá no sea este el momento más idóneo —empezó diciéndole—, pero dentro de poco despuntará el día, llegará el inspector Howard, se iniciarán los interrogatorios y vaya todo bien o no, en cualquier caso ya será mejor dejar de hablar de según qué cosas.
Así que...
La muchacha se le quedó mirando interrogativamente.
—Usted es una chica guapísima —siempre elegante y refinado, Bob Gray le sonrió—.Francamente, no me resigno a dejarla marchar ya no volver a verla. Por nada del mundo.
—No esperaba que me hablase así...
—Me gustaría saber dónde vive —repuso Bob Gray.
—En Londres —contestó ella.
—¿Será tan amable de darme su dirección? —insistió.
—He oído decir que está usted casado —le dijo Wanda, no sin cierto tono socarrón— y mucho me temo que a su esposa no le gustaría que yo le diera mi dirección.
—¿Quién le ha dicho que estoy ca... ?
—Yo —contestó Dinah Fayler, acercándose a ellos—, ¿Acaso no es verdad?
—Sí, es verdad —reconoció Bob Gray, si bien con gesto de malhumor, de contrariedad —. Pero la nuestra no fue una boda de amor...
—Fue una boda de conveniencia —repuso Dinah Fayler—. Ella tenía mucho dinero y usted ni cinco. Eso al menos me han asegurado.
—Efectivamente, cuando me casé estaba pasando por un mal momento económico — reconoció Bob Gray, tras haber carraspeado.
—¿Y ahora...? —preguntó Dinah Fayler—, ¿Ahora es usted rico...? También me han asegurado que su esposa le jugó una mala pasada, que no tenía tanto como aparentaba...
—¿Le han dicho alguna vez, señorita Fayler, que peca de entrometida y de
impertinente? —se le encaró Bob Gray.
—Lamento parecérselo. No, no me lo habían dicho hasta ahora. Lo que sí me han dicho a menudo, es que soy una mujer muy atractiva, muy sensual, muy...
—Se me ocurre otra palabra. Pero soy demasiado bien educado para pronunciarla.
—Gracias por no hacerlo —dijo Dinah Fayler—. De todos modos, no iba a conseguir que los colores me subieran a la cara, de eso puede estar seguro.

—Me ha estropeado el plan, supongo que es lo que pretendía —estaba mirando a Dinah Fayler como si deseara fulminarla—. Créame que lo lamento de veras —y ahora miró a Wanda.
Dicho esto dio media vuelta y se dirigió hacia la encendida chimenea. Allí estaba la señora Tarrell.
—No me gustan los tipos como él —había de comentar Dinah Fayler seguidamente.
Agregó—: Los prefiero como ése... —y echó una mirada al detective.
—Pues láncese a su conquista, nadie se lo impide —dijo Wanda—. A lo mejor tiene suerte.
—Yo siempre consigo lo que me propongo —sonrió Dinah Fayler—. En cuestiones de amor...
—¿De amor o de cama? —preguntó Wanda, rabiosilla.
—Me parece que le caigo mal —dedujo Dinah Fayler—, ¡Y yo creía que me estaba agradecida por haberle desenmascarado a Bob Gray! Pero por lo visto pesan otras razones. Ya comprendo, también a usted le gusta el detective.
—Sí —afirmó Wanda — . Me gusta mucho.
—Entonces, ¿somos enemigas?
—Acérrimas —aseguró la muchacha.
Dinah Fayler sonrió y dijo.
—Tiene muy buen gusto. La felicito por ello.
Poco después se había separado de Wanda y se había acercado a Teddy Wood.
—¿Tiene fuego...? —y le mostró el cigarrillo apagado entre sus dedos.
—¿Aún le han quedado ganas de fumar? —la pregunta de Teddy no impidió que la llama del encendedor le fuera ofrecida.
—Se refiere a la pobre Deborah, ¿verdad?
—Sí.
—Sigue convencido de que ha muerto por fumar ese cigarrillo...
—Desde luego.
—Este es de los míos —aseguró Dinah Fayler, como dando a entender que en ese sentido no tenía por qué preocuparse.
—Espero que no se equivoque.
—¡Claro que no! —pero echó un nuevo vistazo al cigarrillo, por si acaso. Y luego, ya sin más—: Sería una pena que yo muriera tan joven... —se lanzó una mirada que de insinuante y provocativa lo tenía todo—. ¿No le parece?
—Una verdadera pena —aseguró Teddy.
—Además, que estoy llena de vida, de ganas de divertirme, de gozar... —y la mirada insinuante y provocativa se había hecho un puro incendio.
—Estoy convencido de ello. Basta mirarla.
—Lástima que nos hayamos conocido en estas circunstancias. De otro

modo, todo hubiera podido ser muy diferente.
—¿Todo...? —inquirió Teddy.
—En lugar de pasarnos la noche aquí, en el salón, vaya a saber... Claro que —le sonrió—esta no ha sido la última noche de nuestras vidas...
No siguieron hablando.
Se oyó gritar a Cornel Keyes.
Desde el otro lado del amplísimo vestíbulo.
Había pasado cerca de una de aquellas estancias, había mirado dentro y se había encontrado con el cadáver de Joel. Del criado de la señora Tarrell.
Cuando llegaron junto a Cornel Keyes, todas sus orondas carnes temblaban. Pero no del susto sufrido, como quizá pudiera parecer a primera vista. Simplemente, temblaba de coraje y de indignación hacia sí mismo.
Si habían matado a Joel, era porque sabía algo. Algo sin duda relacionado con la
muerte de su hija. Y si Joel sabía algo, él debió sacárselo antes, cuando aún vivía, cuando aún no era tarde. ¡Qué estúpido había sido!
—Le han dado con el atizador —repuso Teddy.
—No veo señales de ninguna clase en el atizador —dijo Bob Gray por su lado.
—El asesino ha debido limpiarlo.
—Si usted lo dice...
—¡Oh, todo esto es horrible! —chilló la señora Tarrell, ya no pudiendo más, dando muestras de sentirse muy cerca de un ataque de nervios.
—Sí, es horrible —corroboró Dinah Fayler.
Wanda no encontró fuerzas para hacer comentarios. Se colgó del brazo del detective, pegándose a él.

* * *

La señora Tarrell había conseguido serenarse. Aunque sólo en parte, pues
evidentemente todo aquello era como para romper los nervios al más templado.
—Creo que necesitamos una nueva taza de café —manifestó.
Se dirigió a la cocina, donde dijo a la criada que pusiera agua a hervir, y que preparara café.
—Sí, señora —contestó Rosemary.
De nuevo en el salón, y como sea que el café no llegaba, la señora Tarrell, nerviosa, volvió a la cocina para ver a qué se debía la tardanza.
—Hasta ahora no ha hervido el agua —se disculpó Rosemary, que también, como es lógico, estaba muy alterada.

—Yo misma echaré el café —dijo la señora Tarrell.
Se dispuso a hacerlo, pero sus manos temblaban y dio un golpe al bote que contenía el agua, y ésta se desparramó, cayéndole encima de la mano derecha, quemándosela.
Teddy vio lo que sucedía y se dijo que con aquellos nervios no había nada que hacer.
Aunque, claro, era natural que todos estuvieran alterados. No había para menos.
A continuación, y mientras Dinah Fayler se ofrecía a ser ella la que sirviera el café, la criada fue en busca de alcohol y de vendas.
Poco después vendada cuidadosamente la mano derecha de la señora Tarrell, llena de rojeces, y ya con más de una ampolla.
—Gracias, Rosemary.
—De nada, señora.
—Dentro de poco llegará el inspector Howard —Teddy se había acercado a la dueña de la mansión así que la sirviente se hubo retirado—. Procure no perder la calma.
—Lo estoy intentando, se lo aseguro —dijo ella—. Pero todo lo que está sucediendo es... , es...
No dijo lo que era. Ni falta que hacía. Su expresión asustada hablaba por sí sola.
—Dígame, ¿ha vuelto usted a oír esa risa...? —preguntó Teddy Wood —. Me estoy refiriendo, por descontado a esa risa que usted presupone que puede ser la del barón de Hendrix.
—No —contestó la señora Tarrell—. No he vuelto a oírla. Se lo hubiera dicho.
—Sí, claro —se hizo cargo—. De todas maneras, estoy convencido de que volverá a oírla. Así que suceda...
—Me daré prisa en comunicárselo.
—Es lo que debe hacer cualquiera que sea el momento en que ello suceda. ¿De
acuerdo?

CAPITULO VIII

El día había amanecido triste, apagado y medio lluvioso. Pero la tormenta había ya quedado atrás.
El coche del inspector Howard cruzó la puerta de la verja y llegó hasta la entrada principal de la mansión.
El inspector se apeó. Era un sujeto pequeño, delgado, de esos que suelen pasar
desapercibidos. Pero, claro, era el inspector de policía. Eso no podía olvidarse, sino que había que tenerlo muy en cuenta.
Todos le recibieron con un suspiro hondo, de alivio. ¿Convencidos de que ya todo se iba a aclarar? Al menos haciéndose esa ilusión.
Desgraciadamente no fue así.
En principio, y para empezar, el inspector Howard se encontró con tres cadáveres en lugar de sólo con uno. que era lo que esperaba.
Para desenredar la madeja, y tras pedir el documento de identidad a todos ellos, inició los interrogatorios. Esperaba que las respuestas le llevaran a alguna parte.
No sacó agua clara.
Sin embargo, Teddy Wood había de simplificarle las cosas. Aunque solo hasta cierto punto, claro está.
—El cadáver de la mujer —le comunicó— llegó aquí con nosotros, en la camioneta, metido en una caja de madera. Por lo cual, la persona que le clavó la daga en el corazón, no la mató. La mujer estaba muerta hacía ya muchas horas. Garantizo esta información.
Wanda se extrañó de que el detective no dijera que la mujer, a pesar de estar muerta, se incorporó sola. Tampoco había dicho que pronunció unas palabras que hacían referencia al barón de Hendrix.
—¿Quién recibió el encargo de traer hasta aquí esa caja de madera...? —hubo de
preguntar obviamente el inspector Howard.
Wanda dijo que era ella. Por lo demás, le explicó con detalles cómo recibieron por teléfono aquel encargo. No era el momento de guardarse nada para sí. Aunque tampoco ella hizo alusión a las muestras de vida que había dado la muerta.
—Todo eso es muy inconcluyente y extraño... —murmuró entre dientes el inspector. Al poco añadía — : Y después murió la joven...
—Por haber fumado un cigarrillo envenenado —repuso Teddy, seguro de lo que afirmaba.
—Eso lo dirá la autopsia —puntualizó el inspector.
—Como dirá... —dijo Teddy seguidamente— que la mujer fue atravesada por la daga cuando hacía ya muchas horas que estaba muerta.
—En cuanto al criado de la casa... —empezó a decir el inspector

Howard.
—Era un fiel sirviente —aseguró por su parte la señora Tarrell—, Me prestaba sus servicios desde hace más de quince años. Nunca me había dado motivos a la menor queja.
—¿Quién podía odiar tanto a su criado? ¿Sospecha usted de alguien, señora Tarrell?
—En absoluto, inspector. Joel se hacía querer por todos.
—Al poco de llegar aquí —intercaló Bob Gray— le encontré empinando en una botella de brandy.
—Supongo que nadie iba a matarle por eso —repuso la señora Tarrell —. No viene a cuento, pues, eso que ha dicho.
—¿Y quién podía odiar a mi hija...? —inquirió Cornel Keyes, inundada de congoja su voz—. Era una muchacha simpática, agradable...
—Todo se averiguará —aseguró el inspector, mientras en su fuero interno se decía que, lo quisiera o no, aquel caso estaba muy oscuro.
—En fin —comentó Bob Gray— poco queda por decir, al menos por nuestra parte. —Había de añadir—: Quiero creer, inspector, que no habrá inconveniente para que podamos reintegrarnos a nuestro respectivos domicilios.
—Sí, estamos esperando que nos dé su autorización —repuso Dinah Fayler.
—De acuerdo —aceptó el inspector—, Pero no deben abandonar la ciudad, pues
pronto serán requeridos de nuevo. Como es lógico, se van a hacer imprescindibles otros interrogatorios.
—Lo comprendemos perfectamente.
—Para mi conocimiento, ¿todos ustedes van a irse? —preguntó el inspector Howard.
Quedó pendiente de la respuesta. Necesitaba saber a qué atenerse.
—Yo no, inspector —dijo Teddy Wood—, Todavía no. De momento me quedo aquí.
—Esperando, ¿qué? —preguntó el inspector, un poco escamado por aquel joven
detective que parecía dárselas de sabiondo— ¿Que el asesino venga a confesarle sus culpas?
—No creo en el arrepentimiento de ese asesino —repuso Teddy—, Por el contrario le veo como a un ser trastornado, paranoico, que no va a concedernos tregua y que puede aún plantearnos muchos problemas.
—¿Quiere decir que habrá más muertes? —quiso saber el inspector—. Supongo que sí, que ha querido decir eso.
—Si cada uno se va a su casa —y Teddy lanzó una mirada circular, que abarcó a todos —supongo que habrá menos posibilidades de que se amplíe el número de víctimas.
Aunque es sólo una hipótesis. Puedo equivocarme.

Poco después llegaban dos ambulancias y se llevaban los cadáveres de la mujer, de Deborah y del sirviente. La autopsia diría lo que tuviera que decir.
Así que el inspector abandonó la mansión, Bob Gray se apresuró a hacer la maleta.
Otro tanto se apresuró a hacer Dinah Fayler. Quien, a pesar de lo mucho que le atraía la planta del detective, no quería correr más riesgos. Al menos esto era lo que se deducía al ver sus prisas.
En cuanto a Cornel Keyes, también empezó a hacer sus maletas. Pero éste se movía despacio, sin prisas, arrastrando los pies a cada nuevo paso que daba.
—Me gustaría que te quedaras aquí conmigo —le dijo Teddy a la muchacha rubia, de ojos azules, que había conocido al volante de una camioneta — . Sin duda has de poder ayudarme mucho... Sí, estoy convencido de ello... Pero, claro —hizo constar—necesitamos del beneplácito de la señora Tarrell. Es la dueña de esto. Por lo menos lo será mientras no venda la propiedad.
—Mal voy a vender —repuso la señora Tarrell, que les había oído— si los posibles compradores se han ido. Al margen de esto, puede quedarse aquí el tiempo que guste...
—miró a Wanda y le sonrió brevemente—. Sigue siendo esta su casa.
—Es usted muy amable.
—No es eso exactamente —reconoció la señora Tarrell—. Es que me asusta la idea de quedarme sola.
—No va a quedarse sola, yo me quedo con usted —repuso Teddy—, Debo dar con la risa de ese hombre, de ése, al parecer, barón de Hendrix...
—Lo importante es dar con el asesino —observó la señora Tarrell.
—Quien puso el cigarrillo envenenado al alcance de la mano de Deborah... —dijo Teddy—. Quien mató a Joel a golpes del atizador... Quien antes clavó la daga en el corazón de la mujer muerta... Quien, entretanto, ha puesto tanto artificio y simulación, tanto decorado y escenografía a esta historia, es una misma persona... Encontrando a uno daremos con el otro...
—¿Quiere decir —preguntó la señora Tarrell— que ese hombre, al que oigo reír como lo hizo el barón de Hendrix en su funeral, es el asesino?
—Tal vez sólo sea —dijo Teddy— alguien pagado por el asesino.
—¿De quién desconfía? ¿Por qué no me lo dice...?
—Desconfío de una de esas tres personas que se han ido. Desde luego el asesino volverá—había de sentenciar Teddy Wood — . No tardará ni cuarenta y ocho horas en hacerlo.
Ya lo verá usted.

* * *

Wanda había decidido quedarse un poco más en la mansión.

Aquel lugar no le gustaba nada, lo que se dice nada. Pero Teddy le gustaba mucho, lo que se dice una barbaridad.

Y sí, había decidido quedarse y ayudarle en lo que le fuera posible.

—Oiga… —le preguntó Teddy a la señora Tarrell aquella misma mañana—, ¿está lejos de aquí el cementerio?

—A un par de millas —contestó ella—. Entre Promdden y la localidad vecina. Junto al río.

—Dígame, ¿en ese cementerio está enterrado el barón de Hendrix?

—Sí —contestó la señora Tarrell—. Ahí está su tumba. ¿Por qué me lo pregunta?

—Me gustaría echarle un vistazo.

—¿A la tumba?

—Sí.

—No termino de comprender…

—Puesto que ese tal barón parece que ha venido a este mundo a reírse de usted, y en consecuencia de mí, no estará de más que vaya a visitarle y a presentarle mis respetos.

—No bromee —rogó la señora Tarrell—. Todo lo que ha sucedido no es para tomárselo a la ligera.

—Tiene usted razón, señora Tarrell. Bueno, al regreso le diré lo que me ha parecido aquello. Vienes conmigo, ¿verdad, Wanda?

—Claro que sí —contestó ella.

CAPITULO IX

Aquel cementerio resultaba tan poco acogedor como la mayoría de ellos. Pero en aquel camposanto descuidado, abandonado, el tiempo parecía haber caído encima como una losa más.
Eran apenas las tres de la tarde cuando Teddy y Wanda llegaron allí. No obstante, el cielo estaba tan cerrado, tan encapotado, que daba la sensación de que el día estuviera ya declinando.
Había lloviznado hasta no hacía mucho.
La señora Tarrell, desde luego, les había informado del lugar aproximado en que se hallaba la tumba. Así que les iba a costar poco localizarla.
—Es aquí —indicó Teddy poco después.
Era una magnífica tumba. La mejor de las que se alzaban en aquel cementerio. Ninguna le aventaja en calidad ni en categoría.
Wanda se mostró poco animada a acercarse al lugar en que reposaban los restos del barón de Hendrix. Teddy no daba importancia al hecho de haberle visto aparecer en la carretera. Tampoco daba importancia a que Deborah también dijera haber reparado en él. Aun así, Wanda no las tenía todas consigo. Y de ello que le costara avanzar hacia la tumba.
—Anda, ven... —le animó Teddy.
—Esperemos que la losa no esté fuera de su sitio —a la muchacha le tembló la voz.
—¿Acaso eso significaría algo especial? —preguntó él no tomándose demasiado en serio el miedo de la muchacha—. Sí, claro, significaría que el barón de Hendrix podía estar ciertamente fuera de su ataúd... Pero date cuenta —agregó, tras observar de cerca la losa de la tumba— todo sigue en su sitio. Nadie ha salido de aquí.
—Así parece —convino, más tranquila.
Empezó a levantarse un fuerte aire. A ráfagas, que parecían silbar entre las ramas de los Cipreses.
—Si ya has visto lo que querías, será mejor que salgamos de aquí —dijo ella luego de abrocharse hasta el cuello la cazadora de piel—. Este aire es muy frío.
—¿Has reparado en la belleza de la estatua? —y era como si Teddy no se hubiera dado cuenta de lo mal que la muchacha lo estaba pasando.
Wanda se limitó a asentir.
La tumba del barón de Hendrix contaba con varios ornamentos. Destacaba la aludida estatua.
Representaba a una bella mujer, vestida con una larga túnica. Con las palmas de las manos juntas y los ojos dirigidos hacia lo alto, parecía implorar al Dios de todos los Cielos el perdón de los pecados terrenales.

Tal estatua era de tamaño natural. Era ciertamente toda una obra de arte.
Pero Wanda no estaba para obras de arte, así que insistió.
—¿Nos vamos ya?
—En cuanto hayamos visto la perspectiva que se divisa desde aquí —contestó Teddy.
El cementerio se hallaba en lo alto de una pequeña colina. Una de sus laderas,
precisamente en la que ellos se hallaban, descendía hasta el río.
Descendía hasta aquel río que separaba Promdden de la localidad vecina, cuyo puente, la noche antes, había sido rebasado por las aguas.
Al cesar la lluvia, las aguas habían descendido, así que el puente estaba siendo ya utilizado con normalidad.
No obstante, las aguas bajaban arremolinadas, turbulentas, alborotadas, arrastrando todo aquello que kilómetros atrás habían encontrado a su paso.
—¿Nos vamos? —insistió la muchacha.
—Está claro, no te gustan los cementerios —dijo él.
—Ni pizca —contestó ella.
—No tiembles —y Teddy le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia si—. Los muertos no deben inspirar miedo, sólo respeto.
—¿También ése...? —preguntó, echando una mirada de refilón hacia la tumba del barón de Hendrix.
—Todos —afirmó Teddy.
Wanda se sentía ya mucho mejor. Ya no se daba cuenta del aire, frío, desapacible, que se levantaba a ráfagas. Aquel contacto sobre sus hombros resultaba sencillamente confortador.

* * *

El inspector Howard se personó en la mansión así que supo el resultado de las
autopsias.
—En efecto —dijo— la mujer murió horas antes de que la daga le atravesara el
corazón. Su fallecimiento, por lo demás, fue debido a una pulmonía doble, muerte natural. Por lo que respecta a la muchacha —agregó— fue envenenada con aquel cigarrillo, tenía usted razón —y miró a Teddy—. En cuanto al otro cadáver, su muerte se debió a los golpes que recibió en el cráneo, en su masa encefálica, con un objeto contundente, sin duda el atizador de la chimenea. Ah, en el estómago de esta última víctima ha sido encontrada una considerable dosis de brandy. Respecto a huellas dactilares, ninguna, en ninguno de los tres

casos.
—¿Y de todo eso se deduce algo...? —preguntó la señora Tarrell —. Me refiero a quién pueda ser el asesino...
—De momento no tengo ninguna pista —reconoció el inspector Howard — . Pero quizá la tenga usted... —miró de nuevo a Teddy—. Dígame lo que opina. Le haré caso. Me ha demostrado ya que sabe muy bien lo que se dice.
—Yo creo —repuso Teddy— que el asesino ha vivido aquí estos días... Dado como se han desarrollado los hechos, no cabe ciertamente suponer otra cosa. Ahora bien, de saber eso a saber quién de ellos...
—Debemos descartar a Cornel Keyes —opinó el inspector—. Si su propia hija fue una de las víctimas...
—Mi experiencia me ha enseñado, inspector, que no debe descartarse a nadie. Porque, ¿quién le garantiza a usted que Deborah fuera realmente su hija?
—Pedí el documento de identidad a todos ellos, apenas llegué aquí, ¿no lo recuerda?
—Hay gente que falsifica los documentos de identidad, y lo hace muy bien.
—Entonces, ¿usted supone, sospecha...?
—Oh, no —negó Teddy—. Ni supongo ni sospecho nada. Simplemente me he limitado a exponerle una duda. Mientras no aclaro los casos, yo siempre estoy lleno de dudas.
—En cuanto a Bob Gray —empezó a opinar el inspector- parece disfrutar de una buena y desahogada posición económica.
—Eso creo —admitió Teddy.
—Por lo que respecta a Dinah Fayler —siguió opinando— es una mujer muy atractiva, muy deseable, que sin duda hace lo que quiere con los hombres.
—Desde luego —asintió el detective.
—Bueno, todo eso no nos lleva a ninguna deducción que valga la pena. ¿Por qué, quien sea de ellos, iba a matar a tres personas... ?
—Tres personas, no. Dos —le corrigió Teddy—, Hemos quedado que la mujer falleció de pulmonía doble, de muerte natural, horas antes de llegar aquí.
—Sí, sí —asintió el inspector.
—Desde luego —resumió Teddy— hay un denominador común entre los sospechosos.
—Le escucho —dijo el inspector, con atención.
—Les une el deseo de compra de esta propiedad, de esta mansión. Los tres querían adquirirla.
—Sí, es cierto —asintió la señora Tarrell.
—Pero se han ido —intervino Wanda—. Ahora ya no demuestran interés ninguno.

—Demostrar interés en este instante, sería significativo, revelador y comprometido. El asesino no va a cometer ese fallo.
—Usted ha dicho, señor Wood —habló de nuevo la señora Tarrell — que ellos volverán.
—¿Cree sinceramente eso? —preguntó el inspector.
—Sí —afirmó Teddy— al menos uno de ellos. El asesino. Pero quizá no venga tan pronto como he podido suponer en un principio. Posiblemente querrá hacer las cosas con calma.
—Habrá que esperar... —musitó el inspector.
—El asesino ha pretendido asustar a los demás posibles compradores, y también a la propietaria —repuso Teddy—, Está clarísimo... De ello, pues, que haya utilizado todos los métodos que se le hayan cruzado por la cabeza. En fin, lo que usted acaba de decir, inspector, habrá que esperar.

* * *

Faltaban pocos minutos para las ocho de la noche, cuando Rosemary entró en el
comedor y preguntó por su señora.
—No la encuentro —dijo.
—Acabo de verla entrar en la biblioteca —contestó Teddy.
La sirviente se fue hacia allí.
Al poco la oyeron soltar un chillido.
—¿Qué sucede? —preguntó Teddy, que llegó en un par de largas y decididas zancadas.
La señora Tarrell estaba en el suelo, desvanecida.
Wanda se le acercó solícitamente, incorporándola. Teddy por su parte le dio un par de cachetes en la cara.
La señora Tarrell entreabrió los ojos.
—He oído de nuevo su risa... —murmuró, expresando una angustia enorme — . Salía de allí..., de allí... ¡Era la misma risa de otras veces!
—Calma, señora Tarrell, calma... —le dijo Teddy.
—La risa del barón de Hendrix... Como sin duda sonó el día de su funeral...
—Ha oído una risa —puntualizó Teddy—, No sabemos de quién. En cuanto a que sea la risa de un muerto, yo me inclino más a suponer que es la risa de un vivo.
—Ahora no se oye nada —repuso Wanda.
—No, ahora no —dijo la señora Tarrell, y con ayuda de la muchacha consiguió ponerse en pie, aunque la verdad es que se quedó bastante tambaleante.
—¿Dónde dice que sonaba la risa? —preguntó Teddy.
—Junto a esos estantes de la biblioteca —la señora Tarrell le indicó el

lugar—: Allí…
Teddy se dedicó a mirar entre los libros. Y tardó apenas dos minutos, quizá ni eso, en encontrar lo que buscaba.
—Aquí tiene —repuso Teddy, y le mostró una cinta magnetofónica.
—¡Ah! —exclamó la señora Tarrell.
—Explicado lo de la risa —dijo Teddy—, Más claro no podemos tenerlo.
—Pero ¿quién ha podido poner eso…?
—El asesino —aseguró Teddy. Y había de añadir—: Un asesino que quizá aún tarde en volver por aquí… Pero cuando lo haga, insistirá en comprar esta mansión, no lo dude.
Pero, bueno, de momento no podemos hacer otra cosa que quedar a la expectativa.
—Pero…, pero… —objetó la señora Tarrell.
—Y convencido que de momento no podemos hacer otra cosa que quedar a la
expectativa —repitió Teddy— yo también voy a irme de aquí. Esta misma tarde, pues no puedo desatender por demasiado tiempo los otros casos que llevo entre manos.
—Pero…, pero… —objetó de nuevo la señora Tarrell.
—Así que vuelva por aquí cualquiera de ellos, y me refiero naturalmente a Cornel Keyes, o a Bob Gray, o a Dinah Fayler, usted me telefoneará. Y yo, entonces, vendré de inmediato. Entonces se aclarará todo.
—¿Está seguro de lo que dice? —pareció dudar la señora Tarrell.
—Segurísimo —afirmó Teddy.

CAPITULO X

Cualquiera hubiera jurado que aquel hombre era el barón de Hendrix. Era idéntico al del cuadro.

Pero éste de ahora, negras sus altas botas y su larga capa, negra su barba y también su cabello, no tenía aspecto de venir del otro mundo.

Aunque, claro, su atuendo no era nada normal. Su atuendo correspondía a otros
tiempos.

En cualquier caso, la silueta casi gigantesca de aquel hombre descendió con sigilo la escalera que conducía al sótano. Ya allí, cerró tras sí.

Ya en el sótano lleno de polvo y telarañas, se acercó al pozo. A lo que parecía un pozo.

Se inclinó, mirando hacia el fondo.

No vio nada. La luz estaba situada a la entrada y la claridad apenas llegaba hasta allí.

Pero había decidido buscar aquí y allá, en todas partes, incluso en el fondo del pozo.

Estaba convencido de que si lo hacía terminaría encontrando lo que buscaba.

Sin embargo, por más que se afanó en la búsqueda no logró encontrar nada. Tuvo finalmente que aceptarlo así.

No obstante, de pronto, una idea le cruzó el pensamiento. ¡Sí, claro! ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

Optó por salir al jardín, mal cuidado, con muchos arbustos, hierbas y matas. Lo hizo por una de las pequeñas puertas traseras. El sótano tenía muchas salidas, no había que olvidarlo.

Y habiendo cruzado ya la puerta de la verja, se alejó de allí, se perdió en la noche.

En una noche que apenas se había iniciado, pero que era ya oscura, negra, sombría, y que no parecía augurar nada bueno.

De esta sensación, empero, no dio la impresión de percatarse aquel hombre. Avanzaba obsesionado con la idea que acababa de cruzar su mente como un relámpago revelador.

Se dirigió hacia el cementerio. Quería ver de cerca la tumba del barón de Hendrix.

¿Su propia tumba... ?

Un gestó irónico, sarcástico, surcó su boca. Le dieron ganas de echarse a reír. Como se decía que se rió el auténtico barón de Hendrix el día que se ofició un funeral por el eterno descanso de su alma.

Ya en el interior del cementerio, cuya tapia deteriorada escaló con facilidad, el hombre casi gigantesco, vestido de negro de pies a cabeza, buscó la tumba. Más o menos ya sabía dónde estaba situada,

por la ladera que daba al río.
La encontró relativamente pronto.
Entonces se quedó mirando con fijeza aquella estatua. Una bella mujer, vestida con una larga túnica. Con las palmas de las manos juntas y los ojos dirigidos hacia lo alto, parecía implorar al Dios de todos los Cielos el perdón de los pecados terrenales.
Veía la estatua entre sombras. Sombras que formaban parte de aquella oscura noche.
El hombre, de súbito, sufrió un respingo. Acababa de oír un ruido.
Y supo que alguien estaba muy cerca de él. Y supo, desde luego, que ese alguien no era un ser muerto. Era un ser total y absolutamente vivo.
Adivinando de quién se trataba, sintió que el pánico, el pavor, hacían palpitar
desordenadamente, atropelladamente, el contenido de sus venas, de sus arterias.
Se quedó donde estaba, como clavados sus pies en la tierra. En esa tierra que cobijaba muertos.
Surgió ante él la persona que ya esperaba.
—¿Tú aquí...? —inquirió él.
No recibió respuesta.
Y notó que su corazón, igual que un potro desbocado, se quedaba dando golpes
frenéticos en su pecho.
—¿Tú aquí... ? —repitió.
Tampoco tuvo respuesta.
Esta vez, no obstante, vio una automática ante sus ojos. El dedo asesino estaba ya junto al gatillo.
Sintió que el frío de la muerte se le colaba, se le infiltraba hasta los huesos. Hasta los tuétanos.
Lanzó un grito cuajado de terror, de angustia. Un grito que nadie, claro está, había de oír. Por allí sólo había muertos.
La automática siguió silenciosa.
El asesino deseaba darle tiempo, deseaba concederle una pausa. Sin duda para que llegara al paroxismo del terror. Se lo merecía por haber pretendido quedarse con lo que no era suyo.
—¿Vas a matarme...? —preguntó el hombre de excepción al fortaleza física.
Una fortaleza física que no iba a servirle de nada.
—Sí —fue la respuesta.
El hombre asintió un nuevo ramalazo de terror.
De pronto dio media vuelta y echó a correr. Pensó que debía confiar en la definiente puntería de la persona que pretendía acabar con él. Era esta su única esperanza.

Se equivocó de pleno.
Sonaron cuatro detonaciones, una tras otra, y los cuatro impactos de bala le alcanzaron.
En la nuca.
Cayó muerto en menos tiempo del que se tarda en abrir la boca.

* * *

La señora Tarrell estaba junto a una de las ventanas del salón, mirando hacia fuera, hacia el jardín. Era ya noche cerrada.
Vio que llegaba un coche y quedó pendiente de que se detuviera y de que se abriera la portezuela. ¿Quién podía ser a aquellas horas?
Era Bob Gray.
—Vete a abrir, Rosemary.
—Sí, señora —respondió la criada.
Al poco de entrar en la mansión, Bob Gray le dijo a la señora Tarrell que seguía
interesándole la compra de la mansión.
—Después de todo lo sucedido —le respondió ella— no esperaba verle por aquí. Tres cadáveres a la vez no hicieron ciertamente un lugar muy agradable de esta mansión.
—Estoy con usted, todo aquello resultó sumamente desagradable —había de decir Bob Gray—. Le diré más, la verdad es que llegué a sentir verdadero miedo.
—¿Y…?
—He llegado a la conclusión de que el asesino no puede tener nada contra mí, así que no debo preocuparme en ningún sentido.
—¿Usted, cree… ?
—Lo creo, sinceramente, y la prueba es que ahora estoy aquí. Dígame, señora Tarrell, ¿cuánto pide usted por esto?
—Todavía no me he decidido a vender.
—Por favor, no quiera hacerme creer que después de todo lo que pasó le han quedado ganas de conservar esto. Lo dice, simplemente, para no darme a entender demasiado claramente que desea desprenderse de esta propiedad lo antes posible.
—Tal vez —convino la señora Tarrell—. De todos modos, no estoy dispuesta a venderla a precio de rebaja.
—Ni yo lo pretendo —dijo Bob Gray—. Estoy dispuesto a pagar un precio razonable.
—Eso ya es otra cosa…
Aquí se interrumpió la conversación, pues se oyó el aldabón de bronce de la puerta principal. Alguien acababa de llamar.
Una nueva visita a aquellas horas de la noche. La señora Tarrell levantó una ceja con gesto sorprendido.

—Abre, Rosemary.
—Si, señora —contestó la sirviente, tras permanecer indecisa unos instantes en el vestíbulo.
Una vez quedó franqueada la puerta, vieron no sin cierta perplejidad de quién se trataba. Era la atractiva e insinuante Dinah Fayler quien estaba allí.
Ya en el salón con la dueña de la mansión y de Bob Gray, no había de tardar en
exponer el motivo de su visita.
—Me lo he pensado mejor y he comprendido que sigue interesándome esta mansión.
Reconozco que aquellos cadáveres me causaron una sensación horrible, deplorable, y que en aquellos momentos no me hubiera quedado con esto ni regalado, pero ahora veo las cosas más serenamente... Lo que no me esperaba —reconoció— es encontrarle a usted aquí... —y miró a Bob Gray—. Dadas las circunstancias...
—Si usted no tiene miedo, ¿por qué he de tenerlo yo? No le veo sentido a eso que ha dicho.
—Sí, claro —admitió Dinah Fayler.
—Le estaba diciendo al señor Gray —habló la señora Tarrell— que aún no me he decidido a vender.
—¿De veras... ? —también Dinah Fayler lo puso en duda—. Después de todo aquello...
—A pesar de todo aquello —recalcó la señora Tarrell— usted está dispuesta a
comprar. Nos lo acaba de decir.
—Sí, pero yo no creo que deba temer nada del asesino.
Tampoco progresó esta conversación. Se vio interrumpida por el aldabón de bronce de la puerta. Una nueva llamada.
¿A aquellas horas de la noche? Una vez más se asombró la señora Tarrell. ¿Como si estuviera dando una lúcida y animada fiesta y los invitados fueran llegando alegremente de uno en uno?
Cuando la sirviente abrió la puerta, fue Cornel Keyes quien se dejó ver.
Se dirigió rectamente hacia el salón, viendo que allí estaba, no sólo la señora Tarrell, sino el elegante y siempre refinado Bob Gray, y la atractiva y siempre insinuante Dinah Fayler.
—Deseo comprar esta propiedad —había de decirlo sin dar vueltas innecesarias al asunto.
—Yo creía que usted... —empezó a decir la señora Tarrell.
—¿Por qué no? —inquirió—. ¿Porque fue precisamente aquí donde alguien acabó con la vida de mi hija? ¡ Pues precisamente por eso —exclamó—. Presiento que, de nuevo aquí, daré con el motivo que impulsó a actuar al asesino...

—Volvemos a estar los tres —observó Bob Gray—. Francamente, no me lo esperaba.
—Supongo —añadió Dinah Fayler— que sigue usted ofreciéndome su amable
hospitalidad, señora Tarrell. Mientras se decide o no a vender...
—Si desea quedarse por mí no ha de ser.
—Yo también deseo quedarme —dijo Bob Gray.
—Y yo —añadió Cornel Keyes.
—Si después de todo lo que saben no les importa... —y la señora Tarrell había de agregar—. De acuerdo, quédense... Pero ahora me disculparán un instante, ¿verdad?
Acabo de recordar que he de hacer una llamada telefónica.
Ya en la biblioteca, se acercó al teléfono y disco unos números.
Oyó el zumbido al otro lado del hilo y se quedó a la espera. Así que el zumbido se interrumpió, llegó a sus oídos la voz grave y varonil de Teddy Wood.
—Diga.
—Soy la señora Tarrell —murmuró—. Ya puede usted venir...
—¿Quién de ellos ha llegado? —le preguntó el detective.
La señora Tarrell tardó unos segundos en responder.
—Los tres.
Luego de colgar el auricular, regresó al salón. Convencida, desde luego, de que Teddy Wood no tardaría en llegar. Aunque, claro, Londres no estaba a la vuelta de la esquina.
De todos modos, había de suceder algo que ella no esperaba, ni tampoco los demás. Volvió a sonar el aldabón de bronce de la puerta principal.
—Ya voy, señora --dijo Rosemary, apareciendo una vez más en el vestíbulo.
Esta vez era el inspector Howard quien estaba allí, en el dintel de la puerta.
Llegaba dispuesto a hacer un par de preguntas a la señora Tarrell, y se alegró
enormemente de encontrar allí a Bob Gray, a Dinah Fayler y a Cornel Keyes.
—¿De qué se trata? —había de preguntar Bob Gray.
—De un nuevo crimen.
—¿Qué está diciendo... ? —se estremeció Dinah Fayler.
—Supongo que bromea —dijo la señora Tarrell—. Pero no, claro usted no bromea.
—¿Quién es la nueva víctima? —preguntó Cornel Keyes—. ¿Y dónde se ha cometido el crimen? ¿De nuevo aquí, en esta mansión?
—No, aquí no —contestó el inspector de policía—, Y respecto a quién es la víctima, no lo sé... No se le ha encontrado documentación

ninguna... Le hemos hallado muerto en el cementerio, junto a la tumba del barón de Hendrix... Por lo demás, él mismo parecía ser el barón de Hendrix... A juzgar por su físico y por sus ropas...
—Todo eso que cuenta no tiene ni pies ni cabeza —adujo Bob Gray.
—Quizá alguno de ustedes conociera a ese hombre —dijo el inspector Howard—. De ser así, espero que lo identifiquen... Es un hombre casi gigantesco, de barba y cabello negro...
—No conozco a nadie de esas características físicas —aseguró Bob Gray.
—¿Y ha dicho usted que le han matado...? —preguntó Cornel Keyes—. ¿De qué forma?
—Cuatro disparos. Por cierto —agregó el inspector de policía— un vecino de Promdden le vio salir de aquí, de esta mansión. De ello que yo ahora haya venido a preguntar...
—No imagino quién pueda ser ese hombre —repuso la señora Tarrell — y me cuesta creer que saliera de aquí... De todos modos, si ese vecino le vio...
—Asegura haberle visto —dijo el inspector Howard — . De eso que le siguiera, pues le había sorprendido enormemente su atuendo...
—¿Y qué más vio ese vecino de Promdden? —preguntó Dinah Fayler.
—Nada. Cuando se encontró de nuevo a ese hombre, estaba ya muerto. Cuatro balas habían acabado con su vida. Cuatro balas en la nuca.
—Todo se ha complicado de nuevo —repuso la señora Tarrell—, Menos mal que está usted aquí, inspector. Por lo menos, mientras no llegue...
—¿Quién ha de llegar? —preguntó el inspector.
—Una persona a la que acabo de telefonear —pero no quiso decir nada más.
Un rato después, y mientras el inspector hacía ciertas preguntas a los allí reunidos, la señora Tarrell aprovechó la ocasión para salir al jardín y dirigirse a la puerta de hierro forjado de la verja.
De un momento a otro llegaría Teddy Wood, y quería ser la primera en decirle que una nueva persona había muerto y que ella estaba más asustada que nunca.
Sí, ya se acercaba por la carretera el coche de Teddy Wood. Lo reconoció
perfectamente.

CAPITULO XI

Cuando Teddy Wood recibió la llamada de la señora Tarrell, se apresuró a salir de su moderno apartamento.

Ya al volante de su coche, se dijo que estaría en Promdden en menos de una hora. Le daría al acelerador y no pararía hasta llegar allí.

Pero se detuvo.

Al cruzar una bocacalle, vio a Wanda. Había salido de la camioneta y se disponía a entrar en el portal de una casa. Sin duda su casa. Por lo visto había hecho un nuevo trabajo para su padre. Acababa de quitarse la gorra, por lo que sus dorados cabellos se le habían desparramado sugestivamente por los hombros.

Teddy había pasado de largo, así que, al detenerse, Wanda y la camioneta quedaron muy atrás.

Teddy pudo retroceder e ir en busca de la muchacha. Pero quiso ganar tiempo, así que entreabrió la portezuela, asomó la cabeza y tras meter dos dedos en la boca lanzó un agudo silbido.

Wanda oyó el silbido, miró hacia allí y reparó en el coche del detective. Aunque estaba lejos, la luz de los faroles le permitió distinguirlo claramente.

Se llevó una alegría muy grande, iluminándosele la expresión. Hasta entonces había estado esperando que fuera a visitarle, o que al menos la telefoneara. Teddy no había hecho ninguna de ambas cosas, por lo que había temido muy seriamente que las cosas no fueran como ella deseaba.

Wanda corrió hacia el coche.

—Sube —le dijo él, sin querer perder tiempo en explicaciones—. Por el camino te lo cuento todo.

—¿Qué tienes que contarme? —le preguntó ella.

Teddy le hizo saber que se dirigía de nuevo a la localidad de Promdden, a la mansión de la señora Tarrell.

—Puesto que juntos empezamos este asunto —le dijo- pienso que debemos acabarlo también juntos.

—Pero ¿va a acabarse...? —quiso saber ella—. Eso significa que ya se sabe quién es el asesino, ¿no es eso?

—No creo que lo sepa el inspector —repuso Teddy—, Pero lo sé yo. Con eso basta.

—¿Ah, si? Anda, cuéntame...

Teddy le dijo que prefería que viera y presenciara por sí misma cómo se desenvolvían y desarrollaban los acontecimientos.

Pero ya en Promdden, o mejor dicho, ya cruzando la puerta de hierro, de la verja de la mansión de la señora Tarrell, Teddy, ante la insistencia de la muchacha, había de manifestar.

—Bueno, si quieres saberlo todo antes de entrar...

—Sí, dímelo —insistió la muchacha.
Teddy detuvo el coche.
Y Teddy había de referir a la muchacha cómo y de qué forma había llevado a cabo sus investigaciones.
Por descontado, no se había quedado con los brazos cruzados sobre el pecho. Eso no era para él.
Además, que desde el principio estaba sospechando de alguien que, aparentemente al menos, era inocente como una paloma.
Ahora bien, había empezado husmeando en la vida de Bob Gray. Un hombre joven, bien parecido, que se había casado con una rica heredera. Quizá no tan rica como él había supuesto, pero lo suficiente como para no verse obligado a trabajar en el resto de su vida. Con esa boda había dejado a un lado para siempre las dificultades económicas. Por lo demás, Bob Gray era un hombre que se olvidaba con facilidad de sus obligaciones conyugales, así que seguía con su amiguita de siempre, todo un bombón, con la que se reunía a menudo para hacer el amor.
También había indagado en la vida de Cornel Keyes. Un sujeto alegre y jovial que vivía pendiente de la buena mesa y de hacer el bien a sus amigos. Bueno, por lo menos había sido así hasta que perdió a su hija. Desde entonces todo había cambiado en su existencia.
En cuanto a Dinah Fayler, no fue preciso que indagara mucho. Apenas un poco bastó y sobró. En la vida de la insinuante y explosiva hembra todo estaba muy claro. Vivía de los hombres ricos que se cruzaban en su camino, y tenía una magnífica cuenta corriente en el banco. Por lo visto les sacaba lo que quería. Actualmente mantenía relaciones íntimas con un riquísimo aristócrata que quería hacerle un regalo distinto al que pudiera haber recibido de otros hombres. De ello que hubiera pensado en comprarle una mansión.
Esas tres pequeñas historias no parecían esconder ningún misterio. Eran demasiado sencillas, excesivamente simples.
Consciente de ello, Teddy Wood había optado por llevar sus indagaciones por otros derroteros.
En consecuencia, se había personado en la casa de la señora Tarrell. Una cosa que en la actualidad permanecía cerrada. Por eso nadie respondió a sus llamadas.
Para saber mejor a qué atenerse, estuvo en las casas de al lado, haciendo preguntas.
Entonces se enteró de que la señora Tarrell era una buena mujer, pero descontrolada emocionalmente. No, no había superado la tragedia de su vida.
Teddy preguntó qué tragedia había sido esa.
La señora Tarrell, un par de años antes, perdió a su marido y a sus dos hijos en un accidente de coche. Desde entonces necesitaba fuertes

dosis de sedante para conciliar el sueño.
—Creo que ha hecho bien en obedecer a su médico de cabecera —opinó una de sus vecinas—. Un par de meses debidamente tratada en un buen sanatorio, pueden proporcionarle sin duda el equilibrio psíquico que necesita.
Otra de las vecinas le dijo.
—Compadezco a su servidumbre, aunque reconozco que en el fondo la señora Tarrell es una bellísima persona. Pero pierde los nervios con facilidad y no, no debe resultar nada sencillo ganarse un sueldo en esa casa.
—Hábleme de la servidumbre… —pidió Teddy en esta ocasión.
—La señora Tarrell tiene doncella, mayordomo, chófer y señorita de compañía.
—Díganme cómo son físicamente, por favor.
—Corrientes, del montón —respondió la referida vecina—. Bueno, eso por lo que respecta a la doncella, al mayordomo y a la señorita de compañía. En cuanto al chófer, es un hombre muy alto, casi gigantesco…
—¿Qué ha dicho? ¿Quiere repetírmelo?
—Un hombre muy alto, casi gigantesco…
—¿Qué me dice de la señorita de compañía?
—Ya le he respondido, es normal, del montón.
—De una edad aproximada a la señora Tarrell, ¿verdad?
La respuesta fue:
—Si.

* * *

Teddy había detenido el coche, haciéndole saber a la muchacha, como ya queda
contado, a dónde le habían llevado sus indagaciones.
Pero Wanda no le había entendido. Tal vez porque Teddy se lo había referido todo con rapidez. En realidad, estaban ya en la mansión de la señora Tarrell y no era el momento de perder tiempo en explicaciones.
—Pero, bueno —dijo la muchacha— ¿qué se desprende de todo ello? Dímelo más claro…
Ni Teddy ni Wanda se habían dado cuenta de que allí,
muy cerca, protegida tras el follaje de unos arbustos, se hallaba la señora Tarrell.
Pero ¿se trataba exactamente de la señora Tarrell?
Bueno, esa mujer se había quedado escondida, agazapada, escuchando atentamente lo que decían. Las ventanillas del coche estaban abiertas, así que sus palabras habían llegado fácilmente a sus oídos.
Y así, quieta, escuchando, había permanecido hasta que el coche de

Teddy se puso nuevamente en marcha, deteniéndose, instantes después, ante la puerta principal de la mansión.

CAPITULO XII

Rosemary acudió a la llamada del aldabón de bronce.
—La señora Tarrell me está esperando —le dijo Teddy. Y añadió, aludiendo a Wanda — :La señorita viene conmigo.
—Pasen, pasen. —Rosemary les indicó el salón, donde se hallaban los demás.
Rosemary estaba muy nerviosa, no podía disimularlo, y aún lo estuvo más cuando, al ir a retirarse, Teddy la retuvo diciéndole.
—Es mejor que se quede.
Tras saludar al inspector Howard, Dinah Fayler, Cornel Keyes y a Bob Gray, el detective había de preguntar abiertamente por la señora Tarrell.
—Ha..., ha... salido... —balbuceó Rosemary.
—¿Que ha salido? ¿A estas horas? ¿Adónde...? —preguntó Teddy.
—No..., no... lo sé... —balbuceó de nuevo.
—¿Cómo que no lo sabe? —barbotó Teddy.
—La he visto dirigirse hacia la puerta de la verja... No, no... sé... otra cosa... —y persistía el balbuceo de Rosemary.
—Comprendo —dijo Teddy.
—¿Qué es lo que comprendes? —quiso saber Wanda.
—Que nos ha oído hablar... Cuando he detenido el coche junto a la puerta de la verja...
Debe estar ya huyendo... Dé orden de detenerla —se volvió hacia el inspector— no puede andar muy lejos.
—¿Se está refiriendo a la señora Tarrell? —preguntó el inspector.
—Esa mujer no es la señora Tarrell —dijo Teddy—. Y eso lo sabe Rosemary. ¿Verdad, Rosemary, que usted lo sabe muy bien?
—Señor, yo le aseguro que no soy lo culpable que pueda parecer — había balbuceado una vez más, mientras se ponía lívida.
—Me convenceré de ello si me explica bien las cosas —repuso Teddy. Y sin
concesiones—: Puede empezar cuando quiera, preferible ahora mismo. Le advierto, no obstante, que no ha de servirle de nada tergiversar los hechos. Por el contrario, si colabora...
—Sí, señor colaboraré —aseguró Rosemary.
—Empiece...
—Un momento —solicitó el inspector Howard.
Acto seguido había de telefonear dando órdenes bien concretas a sus hombres. La referida señora Tarrell había de ser detenida lo antes posible.
Una vez hubo dejado el teléfono en su sitio, se volvió hacia Rosemary, cada vez más lívida.
—Empiece ahora —dijo.

Dinah Fayler, Cornel Keyes y Bob Gray permanecían en silencio. Comprendían que no era a ellos a quienes les correspondía hablar.
—Janet era ya la señorita de compañía de la señora Tarrell cuando yo entré a servir en aquella casa —empezó diciendo Rosemary—. Sí, Janet me pareció muy inteligente... Por eso tomé en cuenta lo que me propuso, a mí y a los demás... De eso hace ya poco...
Se detuvo unos instantes.
Todos la estaban mirando.
Prosiguió.
—La verdadera señora Tarrell tenía un tío... Tío Reginald, un hombre que desde hacía años estaba buscando una arqueta repleta de diamantes... Tío Reginald vivía aquí, en esta mansión... Una mansión que a su muerte había de heredar la señora Tarrell, su sobrina. La historia de la arqueta llena de diamantes, podía ser simplemente un trozo de leyenda, pero...

* * *

Janet estaba obsesivamente convencida de que la arqueta existía y de que el tío de la señora Tarrell acabaría encontrándola. Y fue precisamente el día antes de su súbita muerte, cuando tío Reginald telefoneó a su sobrina y le dijo que, al fin, había encontrado lo que tan afanosamente había buscado. Janet, con el oído junto al supletorio, oyó lo que decía...
Janet lo decidió de pronto. Ella se las arreglaría para hacer que esa fortuna fuera suya.
Aprovechó la confianza que le tenía la señora Tarrell para aconsejarle que hiciera caso a su doctor de cabecera y que se fuera un par de meses a un sanatorio. Debidamente atendida mejorarían sus nervios y recuperaría su estabilidad emocional.
Y sí, en efecto, la señora Tarrell terminó haciéndole caso. Y no solo eso, dio vacaciones a toda su servidumbre.
Fue entonces cuando Janet, hasta entonces la señorita de compañía, se maquilló
convenientemente, se puso una de las pelucas de su señora y demostró a sus compañeros que se parecía, y mucho, a la persona a la que pretendía suplantar.
Con el documento de identidad de su señora ante los ojos, mirando con atención la correspondiente fotografía, se contempló a sí misma en el espejo dando evidentes muestras de complacencia.
Respecto al documento de identidad, había conseguido que la señora Tarrell se llevara consigo una fotocopia del mismo, dejándole el auténtico. Solía hacerlo a menudo, por temor a un posible extravío... Y sí, el verdadero documento de identidad podía resultarle de gran

utilidad. Naturalmente que sí.
En definitiva, se trataba de ir a la mansión y de dar con la arqueta llena de diamantes.
Si tío Reginald la había encontrado el día antes de su muerte, debía hallarse ya a la vista, o poco menos.
Esto al menos es lo que Janet dedujo.
Ahora bien, Janet sabía por su señora que había tres personas que deseaban comprar la mansión. Tres personas a las que ni ella ni su señora conocían. Tres personas que, podía darlo por seguro, se presentarían allí en la mansión así que ella llegara. Sin darle tiempo a nada.
Pensó que despedirles de buenas a primeras podía resultar sospechoso, pues esas personas sabían de antemano que la señora Tarrell deseaba vender.
Así las cosas, Janet decidió telefonear a un detective. Este resultó ser Teddy Wood.
Su plan no terminaba de satisfacer a sus compañeros, pero en definitiva era ella la que mandaba, así que se haría a su gusto. Por lo demás, les había prometido una buena participación en el negocio, por lo que las posibles asperezas habían terminado desapareciendo.
El chófer, un hombre muy alto, casi gigantesco, debería disfrazarse de barón de Hendrix y actuar cómo y cuándo Janet le dijera. En cuanto a Joel, el mayordomo, y a Rosemary, la doncella, también había de estar a sus órdenes.
Pero ninguno de ellos suponía, por aquel entonces, que Janet fuera capaz, por los diamantes, de llegar a cualquier extremo, incluso al crimen.
Eso lo sabrían después. Cuando ya fue demasiado tarde para volverse atrás.
El plan de Janet era el siguiente:
Ocuparía la mansión, haciéndose pasar por la señora Tarrell, y Joel y Rosemary serían a todos los efectos sus sirvientes.
Daba por descontado que, apenas llegara, se presentarían las tres personas que
deseaban adquirir la propiedad. Desde luego se trataba de sacárselos de encima de la manera más rápida y efectiva posible.
Así, en consecuencia, les recibiría bien y les ofrecería su hospitalidad en tanto se
decidía por una u otra oferta.
Pero como sea que había contratado los servicios de un detective, éste llegaría y
asustaría a los allí presentes. Sí, les asustaría en cuanto refiriera lo que le había sucedido en el camino.
Porque era evidente que en el camino, por la carretera, le iban a

suceder muchas cosas, y ninguna tranquilizadora.
Janet se había encargado de conseguir un cadáver. El cadáver de una vieja que había muerto de pulmonía doble. Su familia vivía en una barraca, era muy pobre, y por unos cuantos billetes habían accedido a cederle el cuerpo de la difunta por unas horas.
Aunque, claro, hubo un intermediario. Janet no quería correr riesgos innecesarios.
Ya metido el cadáver de la mujer en la alargada caja de madera, se había encargado al padre de Wanda que la llevara hasta la mansión. Aunque luego, a la hora del trabajo, resultó que fue la muchacha la que hizo el viaje.
A Teddy Wood por su parte, se le estropeó el coche y se vio obligado a hacer señal de parada al primer vehículo que pasó en su misma dirección. Y este vehículo resultó ser la camioneta. Janet ya lo sabía.
Había sido un chiquillo de los suburbios de la ciudad, pagado por Janet, quien estropeó el coche de Teddy. Quien lo estropeó lo suficiente para que a medio trecho, más o menos, se viera en la imposibilidad de seguir adelante.
Y ya estaba el detective, pues, metido en la camioneta que transportaba la alargada caja de madera.
Bajo el cadáver había sido colocado un cassette automático, con su correspondiente cinta. De ello que se oyeran aquellos lastimeros gemidos y que más tarde se oyeran asimismo aquellas palabras: «El barón de Hendrix va a asesinarme... El barón de Hendrix va a asesinarme... »
Teddy miró bajo el cuerpo de la muerta y no encontró nada. Se debió a que, mientras perseguían al barón de Hendrix, Joel se encargó de llevarse el comprometedor cassette.
En conclusión, Janet esperaba que Teddy Wood, así que llegara a la mansión, explicara lo sucedido y que, por tal, asustara terriblemente a los que pretendían adquirir la mansión.
Entonces, éstos se marcharían y no volverían. Y la dejarían actuar por su cuenta,
concediéndole el tiempo preciso.
Para eso iba a servirle el detective, no ciertamente para otra cosa.
Desde luego, el detective se quedaría a investigar. No sólo por lo que había sucedido con el cadáver, sino porque ella le habría dicho que en la mansión se oía la risa del barón de Hendrix. Como lo habría dicho antes a los presuntos compradores, con la finalidad, por descontado, de empezar a inquietarlas.
Pero ella, Janet, se encargaría de que el cassette apareciera en el momento oportuno. Con lo que pronto quedaría demostrado que todo aquello era humor negro, o mejor dicho, la broma pesada de alguien. Nada más.

Entonces, habiendo llegado a esta conclusión, el detective también se iría.
Ya de este modo, Janet podría buscar la arqueta llena de diamantes. Conseguida la cual, sería ya una mujer fabulosamente rica. Y no cabía dudarlo, para cuando la verdadera señora Tarrell concluyera su cura de reposo ella estaría ya muy lejos.
Hasta aquí, más o menos, lo que Janet había planeado. Dando por descontado que los acontecimientos se llevarían a cabo tal y como ella había supuesto.
Se equivocó. Se equivocó del modo más lamentable.
El detective, al llegar a la mansión, silenció por completo lo que, a Wanda y a él, les había sucedido en el recorrido. No, no hizo la más mínima mención al contenido de la caja de madera, ni a los lastimeros gemidos que habían oído, ni a aquellas espeluznantes palabras pronunciadas por la muerta. Tampoco el detective dijo nada de la aparición del barón de Hendrix.
Como en definitiva se trataba de asustar a Dinah Fayler, y a Cornel Keyes y a Bob Gray, a la ex señora de compañía se le ocurrió hacer que sacaran el cadáver de la mujer de la alargada caja de madera y que lo dejaran en uno de los sillones de la biblioteca.
Así, quien fuera que primero diera con el cuerpo sin vida, gritaría y atraería la atención de todos. En consecuencia, pues, cundiría el pánico.
Y para que ese pánico fuera más efectivo, a Janet se le ocurrió clavarle una daga a la mujer muerta, en mitad del corazón. Así, posiblemente, las sospechas recaerían, en un golpe de efecto, en el barón de Hendrix. ¿Acaso no llevaba éste, en el cuadro, una daga igual? Además, que la vieja muerta había dicho: «El barón de Hendrix va a asesinarme...».
«El barón de Hendrix va a asesinarme». Cuadraba.
Como en realidad la mujer estaba muerta desde hacía ya muchas horas, nadie
pensaría, una vez efectuada la autopsia, que podía haber sido asesinada en la mansión.
De antemano tenía asegurado, pues, el sacudirse de encima las sospechas que pudieran tal vez haber recaído en ella.
Pero empezó a enredársele el plan.
Y eso sucedió cuando tuvo la sospecha de que Deborah había oído, desde la misma puerta del salón, lo que ella hablaba con Joel, dándole nuevas órdenes. Y no, no podía dejar que Deborah hablara, que la desenmascarara.
Ya no vio otra salida que acabar con ella. Aunque, haciéndolo, iba a complicarlo todo en exceso. Era fácil deducirlo así.
De todos modos, razonó, de una u otra forma conseguiría al final quedarse sola en la mansión. Entonces buscaría esa arqueta llena de

diamantes en la que cifraba todas sus esperanzas.
Acabó con la vida de Deborah. Con un simple cigarrillo.
Sabía que estaba muy nerviosa. Sabía, pues, que cogería aquel cigarrillo que ella le había dejado al alcance de la mano, dentro de una cajita de cristal.
En realidad, por si se presentaban imprevistos, iba bien preparada. El cigarrillo, una automática... ¡La verdad es que no estaba dispuesta a que aquella oportunidad se le escapara!
Para complicar el asunto, Joel se le rebeló. Por culpa de la bebida. Cuando bebía se ponía imposible, perdía su acostumbrada mesura y se volvía agresivo.
Le pidió más, mucho más de lo que Janet le había ofrecido. Si no accedía, le aseguró, le delataría a la policía.
Janet decidió acabar con él. No veía otro modo de auto- defenderse a aquellas alturas.
Bien mirado, ¿qué importancia tenía ya una nueva víctima?
Cogió el atizador de la chimenea y le dio en la cabeza hasta asegurarse de que su vida había dado fin.
Pero, claro, ella no era la señora Tarrell y podía ser descubierta. No a causa de la
fotografía del documento de identidad, pues con el maquillaje que llevaba, y la peluca, parecía la auténtica señora Tarrell. Nadie iba a sospechar. De todos modos, si la policía le hacía firmar algo... Fue entonces cuando, al pensar en esta posibilidad, se le ocurrió
volcar el cazo con el agua hirviendo.
Se quemó, ante la mirada del detective, y Rosemary le vendó la mano. Y con una mano vendada no es posible firmar nada. Perfecto. De momento todo quedaba solucionado.
Al día siguiente, y tras responder a las preguntas del inspector Howard, los que querían comprar la mansión, se fueron. Estaban asustados. Ya no les interesaba adquirir aquello.
Se quedó el detective, y la muchacha. Pero el detective, al poco de encontrar el
cassette con la risa del barón de Hendrix, le dijo que volvería así que llegara allí de nuevo una de las tres personas que con anterioridad se habían ido. Por lo visto, el detective daba por descontado que una de esas tres personas era la que había llevado a cabo esos crímenes.
Como fuera, Janet había conseguido lo que se proponía. Quedarse sola y poder actuar a su comodidad. Pero, claro, había matado a Deborah, y a Joel, y Rosemary lo sabía.
—Te daré la parte de ellos —le prometió Janet, y de este modo consiguió que siguiera callando.
Sin embargo, el chófer, un hombre casi gigantesco, el que había fingido ser el barón de Hendrix, estaba decidido a quedarse para sí la

arqueta llena de diamantes.
Una arqueta que, por lo menos, no aparecía por ninguna parte. Janet empezaba a desesperarse.
En eso, en un momento dado, el chófer creyó saber dónde estaba la arqueta. En el cementerio, dentro de la estatua que adornaba la tumba del barón de Hendrix. Seguro que sí.
Se dirigió al cementerio. Pero Janet, que le adivinó el pensamiento, le siguió y acabó con él.
Luego regresó a la mansión, con rapidez, antes de ser descubierta. Pensó que, más adelante, ya tendría ocasión de averiguar si realmente estaba allí, en el interior de la estatua, la arqueta llena de diamantes.
Aquella misma noche volvió a la mansión Bob Gray, y Dinah Fayler, y finalmente Cornel Keyes.
Janet telefoneó al detective, tal y como habían quedado. Debía seguir disimulando.

* * *

—Esto es todo —dijo Rosemary al llegar al término de la explicación. Se apresuró a hacer constar—. No, no he ocultado nada. ¡ Lo juro!
—Cuanto ha dicho —repuso Teddy Wood— es más o menos lo que me imaginaba.
Sinceramente… —añadió— la avería de mi coche me amoscó desde el primer momento…
Acababa de llevarlo al taller, me lo habían revisado bien… Supuse, pues, que se trataba de una avería provocada… Por lo demás, ¿para qué la señora Tarrell habría comprado un reloj, haciendo que lo trajeran aquí, si deseaba vender la mansión? No parecía tener mucho sentido… Además, cuando se quemó la mano sospeché… Sí, sospeché al instante… Aunque estaba nerviosa al acercarse al cazo del agua hirviendo, su torpeza resultó excesiva…
Desde luego, Janet ha demostrado tener, en todo momento, un cerebro enfermizo, paranoico… No sólo por el modo teatral y sofisticado de organizar su plan, sino por creer tan de verdad, tan obsesivamente, en una simple leyenda… En fin, ahora ya sabemos la versión de los hechos…
—Supongo que mis hombres habrán detenido ya a la señora Ta… A Janet —el inspector Howard se corrigió a sí mismo.
En aquel instante un rayo rasgó el cielo y su resplandor blanco azulado llegó hasta el interior del salón.
Poco después se desencadenaba una nueva tormenta.

CAPITULO XIII

Había corrido bajo el torrencial aguacero, quedándose materialmente calada hasta los huesos.
Pero Janet no se daba cuenta de ello. Ni siquiera de los rayos y los truenos que
parecían hacer retemblar la tierra.
Sólo pensaba en huir. Muy lejos. Donde la policía no pudiera darle caza. Sabía, después de oír a Teddy Wood, que estaba irremisiblemente perdida a menos que actuara con rapidez.
Se dirigió hacia el rio, hacia el puente, queriendo pasar a la vecina localidad. No
obstante, las aguas habían sobrepasado el puente, lo mismo que sucedió en la última tormenta. Tuvo, pues, que desistir de su idea.
Siguió corriendo, bastante cerca de la orilla del río. Cuyas aguas bajaban con gran fuerza, con una enorme corriente, arremolinadas y turbulentas.
Sucedió de pronto.
Janet se metió en una tierra fangosa, resbaló, no pudo mantener el equilibrio y dando vueltas sobre sí misma fue a parar al río.
Las aguas parecieron querer tragarla apenas cayó en ellas.
Sin embargo, Janet sabía nadar, y braceó con decisión, con energía.
Aun así, las aguas la arrastraron, la llevaron río abajo. Varios cientos de metros, a ratos casi ahogándola.
Pero Janet consiguió agarrarse a unas matas de la orilla. Y se agarró muy fuerte, pues sabía que de esa ayuda podía depender todo.
Pero las matas, ante su presión, se fueron arrancando, y finalmente con las matas en las manos, se vio arrastrada de nuevo por aquellas aguas turbulentas.
En medio de esas arremolinadas aguas, se vio venir lo peor. Las fuerzas empezaban a faltarle. No podría seguir mucho tiempo a flote.
En eso, de un modo que parecía providencial, unas nuevas matas se pusieron a su alcance.
Las cogió, las atenazó. A la desesperada.
Eran ya su única y última esperanza.
Ya bien sujeta, en medio de la persistente lluvia y del violáceo resplandor de los
relámpagos, y del fragor de los truenos, elevó la mirada.
Intentó averiguar dónde estaba, a dónde había ido a parar. Ella sólo sabía que las aguas la habían arrastrado río abajo. Rápida y velozmente.
Entonces se dio cuenta de que se hallaba muy cerca del cementerio. En realidad,
aquella colina, que se alzaba allí mismo, era la del camposanto.

Vislumbró el zigzag de un rayo, que lleno de violencia fue a parar dentro del recinto del cementerio. En la parte más cercana a la colina.
De pronto, otro rayo. Otro estremecedor zigzag.
También fue a parar dentro del cementerio.
Janet dedujo, por el estrépito que oyó, que debían haber destrozado, demolido, cuanto hubiera en el lugar en que cayeron.
Al parecer, por lo que pudo ver, la misma tapia del cementerio y...
Algo se estaba precipitando colina abajo.
¿Qué podía ser?
Janet no tardó en reconocer la estatua que adornaba la tumba del verdadero barón de Hendrix.
Ella seguía amarrada desesperadamente a las matas. Unas matas de profundas raíces, que al ofrecer la resistencia precisa podían significar su salvación. Así que el resuello entrara en sus pulmones y las energías volvieran a sus miembros, intentaría dominar la corriente y alcanzar la orilla.
Pero la estatua seguía cayendo, rodando...
¡Y parecía ir directo hacia ella!
Aun así, Janet se puso a pensar, única y exclusivamente, en que la arqueta de diamantes debía estar en el interior de esa estatua. Porque aquella estatua era hueca, vacía. Estaba convencida de ello. Aunque fue el chófer el primero en sospecharlo.
La estatua seguía cayendo, rodando...
Estaba ahora ya tan cerca, que Janet se vio obligada a olvidarse de los diamantes para pensar en su propia salvación.
Desde luego, poca cosa iba a poder hacer. Más bien nada.
Para esquivar a la estatua tendría que soltarse de las matas. Y si se soltaba de las matas, las aguas arremolinadas, turbulentas, la arrastrarían otra vez.
Y esta vez sería la última. Ya no tenía fuerzas. Ya no podía más.
La estatua, que se había rajado al caer rodando, llegó abajo.
Se desplomó sobre Janet. Exactamente sobre ella. Como si su exclusivo cometido fuera aquél.
Del fuerte golpe recibido, Janet no pudo evitar que sus manos aflojaran las matas. Y acto seguido se hundía en el agua. Por lo demás, la estatua se fue tras ella, empujándola hacia abajo, y ya ambos en el fondo se quedó sobre sus piernas, aprisionándoselas, aplastándoselas.
Janet quiso salir de allí. Si lo conseguía aún podría salvarse. ¡Pero cómo demonios pesaba aquella estatua!
No, no iba a poder desprenderse de aquel peso que la inmovilizaba.
Pero insistió. Nada. Imposible. No había modo humano de liberar sus piernas.
Había quedado cogida como en un cepo.
Su final, pues, estaba ya sentenciado.

Sin embargo, aún le quedaba vida…

Al menos, la suficiente para no morirse con aquella curiosidad.

Metió las manos en la ranura de la estatua. Por donde se había medio rajado al ir rodando y cayendo colina abajo.

¡Seguro que la estatua estaba hueca! ¡Seguro que la arqueta llena de diamantes se hallaba allí!

Pero la estatua era compacta. No, no era hueca como había supuesto. ¡Por eso pesaba tanto! ¡ Por eso la aplastaba de aquel modo!

Y entonces, sólo entonces, Janet comprendió que la leyenda del barón de Hendrix sólo era eso, una simple y vulgar leyenda.

Sin embargo, ella no saldría de allí para contarlo a nadie.

Cuando saliera, o mejor dicho, cuando la sacaran, sus labios habrían enmudecido para siempre.

CAPITULO XIV

Teddy Wood visitó el sanatorio. Acompañado de Wanda.
Acababa de explicar todo lo sucedido a la verdadera señora Tarrell.
—Y se ahogó en el rio, aprisionada por la estatua... —repuso la dama — . Un final que parece encajar de un modo estremecedor en la propia leyenda que la indujo a cometer esos crímenes, ¿no cree usted?
—Sí, efectivamente —asintió Teddy. Quien había de añadir—: Dígame, por curiosidad, si su tío Reginald le dijo que había encontrado la arqueta con diamantes, ¿cómo es que no fue usted a la mansión en seguida...? En lugar de venir aquí, que es lo que hizo.
—Tío Reginald no me dijo eso —le hizo saber la señora Tarrell—, ¿Quién le ha
informado tan erróneamente?
—Janet cogió el supletorio, mientras usted hablaba con su tío. Aseguraba que había oído cómo su tío le decía que finalmente había encontrado lo que tan afanosamente había buscado...
La señora Tarrell había de responderle.
—¿Eso supuso Janet al oír tales palabras? ¡Oh, no!, mi tío Reginald no se refería a la arqueta. Simplemente a una medalla que yo perdí una vez que fui a verle. Sin más importancia.
Cuando salieron del senatorio, Wanda había de preguntar al detective.
—¿De veras te ayudé al quedarme a tu lado?
—Bueno —contestó Teddy— la verdad es que te dije eso para que no te alejaras de mi.
No me hubiera gustado nada que otro te conquistara mientras yo investigaba ese caso.
—¿Y si por quedarme en la mansión me hubiera sucedido algo? —protestó Wanda.
—Yo estaba allí, dispuesto a impedirlo —hizo constar Teddy—, Y ahora estoy aquí —añadió— dispuesto a lo que tú quieras...
—¿Incluso a casarte? —se rió ella.
—Claro que sí —aseguró el detective.

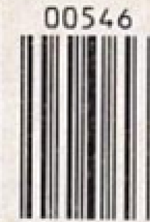
F I N

MORBO

UN MAGAZINE DE TERROR PARA PASARSELO DE MIEDO

Para los aficionados al Comic a los relatos terroríficos y al Humor Negro

DE APARICION QUINCENAL

00546

9 788402 025067

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España